
130-K
misterio en la
ANTARTIDA
Por LARRY WINTERS
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

LARRY WINTERS

MISTERIO EN LA ANTARTIDA

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

PERSONAJES

BRUCE MILLER: Experto en radar y electrónica, jefe del observatorio avanzado de la Antártida.
ARTHUR HEWITT: Radiotelegrafista.
JOE BREAN: Geólogo.
HAROLD STEVENS: Metereólogo.
DR. WINKLER: Geofísico, de la base de McMurdo Sound.
NORMAN KELLER: Del servicio de inteligencia de la Armada.
BOB HUNTER: Trampero y cazador, cautivo de los hombres de Syrtis.
HELEN HUNTER: Hija de Bob, capturada por los hombres de Syrtis.
«GIN» McGREGOR: Viejo ballenero cuyo relato da origen a la acción.



CAPÍTULO I
¡BALLENA!

Solo, aislado en la inmensidad del Mar Austral, el recio y pequeño ballenero seguía un rumbo errático entre los hielos flotantes de la Antártida, danzando sobre la marejada con terribles bandazos que levantaban rociadas de blanca y gélida espuma, mientras la tripulación de guardia intensificaba la vigilancia en muda pugna por ser los primeros en lanzar la palabra mágica que habría de ponerles en conmoción.

Casi setenta y dos horas llevaban así. Los hombres apenas tenían noción ya de las horas de sueño y descanso, pero estaban seguros que aquella constancia habría de dar los frutos apetecidos. Y el primer síntoma, en efecto, fue la exclamación ahogada que brotó de los labios del capitán -barba enmarañada, mejillas curtidas por el frío y ojos vivos de penetrante brillo- que, agarrado fuertemente a la barandilla del puente descubierto, irguió su cuerpo entre el rebujo de las prendas de abrigo con que se cubría y enseguida alzó la cabeza en dirección al mástil... aunque su boca no llegó a lanzar la retumbante y acostumbrada maldición porque desde la cofa

llegó casi al mismo tiempo el grito recio del vigía confirmando el avistamiento:

-¡Hvalblaast...! ¡Hvalblaast...![1]

Aquella voz fue como el clarín de guerra que sacudió a la nave en peso; a su conjuro comenzaron a aparecer sobre cubierta los hombres francos de servicio, aprestándose para entablar combate contra su más codiciada presa: la ballena.

-¡Dos puntos a estribor! -tronó el capitán, rechazando los escarchados prismáticos que le ofrecía su segundo-. ¡Avante, a 25 nudos!

Tintineó el telégrafo de máquinas transmitiendo su mandato y el ballenero, con una brusca guiñada que le hizo embarcar hielo y agua, aumentó su cabeceo entre las revueltas ondas, haciendo hervir el mar con el giro de sus hélices y esquivando ágilmente los hielos flotantes que parecían arremeter contra él desde todas direcciones.

-A rumbo, capitán -contestaba el timonel poco después-. Sureste. Velocidad, 25 nudos.

Allá adelante, demasiado lejos todavía aunque perfectamente visibles para la aguzada vista de los marinos, se distinguían apenas las sutiles columnillas de vapor lanzadas a lo alto por una pareja de ballenas, cuyos oscuros dorsos apenas si asomaban a flor de agua, entre los hielos.

-Dos ballenas azules. Una, al menos, será nuestra antes de que caiga la noche -profetizó el piloto con un brillo jubiloso en sus ojos.

Hacia ellas se precipitaba el buque, atronando las profundidades con el latido poderoso de sus máquinas e intentando ponerse a tiro antes de que los cetáceos -que ya los habían oído-comprendieran lo que se les venía encima y chasqueasen a sus cazadores con una zambullida repentina.

-¡Preparados!- voceó el capitán desde el puente.

El contramaestre y dos marinos estaban en el castillo de proa, en la plataforma del cañón, revisando el arma y la dotación de carreteles en los cuales se arrollaban los gruesos cables del arpón. Hubo un gesto de asentimiento en dirección al puente, y el capitán tomó el timón para dirigir personalmente la aproximación.

-¡Listos! -le gritaron desde proa cuando la distancia se había reducido a unos ochenta metros y los lustrosos lomos de las ballenas eran tentación y desafío para todos los hombres de a bordo.

Entregando la rueda al timonel, el capitán cruzó en rápida carrera la pasarela que le separaba de la proa y llegó hasta el cañón, un arma sencilla, de fácil manejo y de reconocida eficiencia en manos de un experto como él. Agarrado a la culata continuó dirigiendo a la voz la ruta del ballenero mientras tomaba puntería, inclinándose a derecha o izquierda, irguiendo o encogiendo su cuerpo como si estuviese unido al arma que iba a disparar. Desde aquel momento solo él podía ver a la ballena y sólo en sus manos

estaba el éxito o el fracaso de la caza.

Al pie del puente el primer maquinista tenía preparado el cabrestante y sus resoplidos de impaciencia se confundían con los silbidos del vapor en las juntas. Aquí y allá, fuertemente agarrados para resistir los bandazos, los hombres fijaban la vista en su capitán y juraban y maldecían en todos los idiomas siguiendo un rito ballenero fielmente cumplido por todos ellos.

Retumbó la pieza con una seca detonación, escupiendo el arpón de 90 kilos de peso y con la aguzada punta provista de una granada de tiempo. Gimió un carretel soltando cable... y a treinta metros de distancia saltó una ballena entre oleadas de espuma y con el arpón clavado a corta distancia de la aleta dorsal. Segundos mas tarde estallaba la granada, aumentando el desgarrón de la ya de por sí tremenda herida, y la presa se zambulló rápidamente tiñendo el agua de rojo.

Se alzó a lo alto un colectivo alarido de júbilo mientras, a proa, giraba locamente el tambor del cable.

-¡Buena presa, capitán! -aulló alborozado el piloto-. ¡Va herida de muerte!

El jadeo de las máquinas del ballenero se hizo entonces más afanoso. Se iniciaba la pugna entre el pescador y el pez, utilizando aparejos que guardaban proporción con el tamaño de la presa. El «anzuelo» era aquí un arpón de 1,80 metros de largo; el «sedal» un cabo de «nylon» de ocho centímetros de grueso; la «cuerda» un cable de cáñamo, recio y grueso; la «caña» el mástil del propio ballenero... y el «carrete» un cabrestante, de doce caballos de fuerza. Pero todas las ventajas estaban de parte de los pescadores porque la presa, a diferencia de los peces, necesitaba salir a respirar y recibía cada vez los «arpones de rematar» que el capitán le disparaba. La lucha fue breve, tanto como fue de enconada. Al recibir el quinto arponazo, el cetáceo lanzó a lo alto un chorro de sangre -la clásica «chimenea de fuego» como le llaman los balleneros- y quedó flotando panza arriba, vencida y muerta.

-¡Para ti, «Gin» McGregor! -gritó alegremente el capitán abandonando la plataforma del cañón para regresar al puente-. ¡Hínchala bien antes de que se hunda!

Era necesario darse prisa. A diferencia de otras especies de ballenas y de los mismos cachalotes, las ballenas azules se van a fondo después de muertas. «Gin» McGregor, un veterano de la Antártida que debía su apodo a la desmedida afición que profesaba a la ginebra, iba a encargarse de impedirlo. La presa había quedado amarrada al costado del buque y «Gin» y su ayudante descendieron hasta ella, clavando en su piel los aguzados clavos de las botas. Con un largo punzón principiaron por practicar una incisión en la panza del cetáceo... y poco después comenzó a resoplar un compresor empujando el aire a través del tubo introducido en aquel

gigantesco vientre.

Y mientras se inyectaban los metros cúbicos necesarios para asegurar la flotabilidad de una mole de más de 100 toneladas de peso, el capitán conectaba el radioteléfono para llamar a sus compañeros de flotilla.

-¡Hola, Número Siete...! ¡Hola, Número Siete!

-Número Siete al habla -le contestaron.

-Aquí Número Trece... y esta vez no me quejo de mi fatídico distintivo. La sonda no acusa fondo y voy a continuar buscando. En Berta tres-cero-cero y Eric dos-uno-cuatro hubo hombre al agua. Repito...[2]

-De acuerdo, Número Trece -contestaron-. Pasaremos aviso al médico antes de salir hacia ahí.

Cerrada la comunicación, el capitán se asomó a la borda para gritar a los infladores:

-¡Eh, «Gin»...! ¡Acaba pronto que quiero buscar mi segunda presa antes de que anochezca!

-De acuerdo, capitán -repuso el veterano-. Alec está a punto de terminar.

Sobre la ballena, «Gin» y su compañero se disponían a clavar una baliza rematada por una banderola con el distintivo del buque que llevaba adosado un pequeño transmisor de baterías. Clavada sobre el vientre de la ballena, la radio emitiría señales en una longitud de onda establecida y el goniómetro de los «remolcadores» la localizarían fácilmente.

-¡Clávala de una, Alec!

-¡Ayúdame, viejo!

Las cuatro manos, agarradas a la baliza, la proyectaron hacia abajo clavándola profundamente. Antes se habían soltado las amarras y sólo quedaba un cable flojo para que «Gin» y Alec treparan a bordo, pero cuando aquellos dos hombres no habían soltado aún la baliza ocurrió algo desconocido y horrible, algo espantoso y sobrenatural que arrancó un grito de pavor a los hombres que llegaron a presenciarlo. El agua comenzó a hervir; los hielos flotantes se deshacían en menudos fragmentos. El cielo tomó un color negruzco que nada tenía que ver con la llegada de las sombras... y del mar, entre el buque y la ballena, surgió algo que...

* * *

-Ya tengo las señales de la baliza, capitán -anunció el telegrafista del Número Siete haciendo girar el mando de su goniómetro-. Se escuchan muy débilmente y, además, no proceden de la zona indicada por el Número Trece.

-Habrán cogido una segunda ballena en distinto sitio -dijo el piloto acercándose.

-No es probable. Casi no han tenido tiempo -repuso el capitán-. ¿Qué

desviación tiene el haz de ondas?

-Deriva, tres grados y quince minutos. Distancia, unas doce millas. Rumbo, dos-uno-uno.

-Iremos a recoger el pichón -murmuró el capitán.

El estado del mar había empeorado y la tempestad amenazaba con aumentar a medida que avanzaba la noche. El Número Siete hizo frente a la marejada y se puso a rumbo pasando atrevidamente entre las olas y el hielo mientras desde la caseta de la radio se comunicaban al timonel los datos de demora y distancia. Cuatro horas más tarde un reflector lanzaba su chorro amarillento por encima de la borda y comenzaba a buscar... inmovilizándose al fin sobre una mole oscura que navegaba entre los hielos. Con la máquina parada, el Número Siete se acercó con los últimos impulsos hasta abaorlarse casi al corpachón del cetáceo. Dado el estado del mar se hacía imposible botar una lancha, pero...

-¡Eh, vosotros! -gritó de improviso el vigía de proa-. ¡Hay algo sobre la ballena!

Hasta entonces, a la cruda luz del reflector, los hombres del Número Siete habían contemplado con asombro el lastimoso estado en que se encontraba la ballena; en sus flancos se abrían anchas grietas; profundos arañazos desgarraban su dorso resbaladizo y la aleta dorsal estaba arrancada como por la mordedura de unos gigantescos dientes. Pero el aviso del vigía aumentaba su confusión al comprobar que era cierto lo que dijo. En efecto; cuando la luz exploró el lado opuesto del cetáceo a quien el movimiento de las olas iba haciendo girar, todos se dieron cuenta de que, con las manos agarrotadas sobre el asta de la baliza, engarfiadas con las últimas fuerzas de la desesperación, había dos hombres.

-¡Listos los garfios! -bramó el capitán-. ¡Contramaestre...! ¡Prepárelo todo para el remolque, rápido...!

Varias cuerdas terminadas en agudos ganchos habían sido lanzadas contra la ballena, asegurando su proximidad al buque. Saltó por la borda el primer voluntario, sin parar mientes en el peligro y cayendo ileso sobre la piel del cetáceo; le siguió otro, procurando asegurar el cable de remolque, y entre ambos iniciaron la conducción de los maltrechos cuerpos después de forcejear con aquellas manos que se resistían a soltar el asidero salvador de la baliza. La operación de rescate, prolongada y peligrosa, terminó felizmente y mientras se improvisaban los primeros remedios para atender a los salvados, el capitán envió un mensaje al buque fábrica, dando cuenta de lo ocurrido.

-«... y había dos hombres sobre la ballena, agarrados a la baliza. Uno de ellos, al menos, parece tener esperanzas de sobrevivir. Del Número Trece no hay el menor rastro y nos ha sido imposible comunicar con él.»

-Navegamos hacia ustedes -contestaron del buque fábrica-. Nuestro

médico está preparado.

Con su presa a remolque, el ballenero invirtió el rumbo iniciando una veloz carrera en dirección hacia su base flotante. Entretanto, y muerto uno de los rescatados, se prodigaban cuidados al superviviente con el fin de combatir la congelación que sufría.

-¿Alguien le conoce?-había preguntado el capitán.

-Está muy desfigurado y maltrecho -repuso un marinero- pero creo que es el viejo «Gin» McGregor.

-¿Qué habrá podido ocurrir para encontrar así a un veterano como éste? -murmuró el piloto.

Sólo el moribundo podía darles la solución del problema, pero «Gin» -porque de él se trataba- era incapaz de hablar y aún se dudaba de que llegara a conseguirlo.

* * *

Georgia del Sur es la última tierra permanentemente habitada que se encuentra en el viaje hacia el Polo Austral. Es una islilla diminuta a quien ha dado vida la actividad ballenera, ya que su situación la convierte en escala obligada de ida y vuelta para cuantas expediciones se organizan en la Antártida. Sus moradores se esparcen en torno y dentro de Puerto Leith, un poblado que se alza en lo más profundo de una escarpadura de la costa y que gracias a esta protección se defiende de los huracanados vientos que de otra forma la habrían arrojado en peso al mar.

Allí todos son balleneros y todos viven en un ambiente de fetidez y suciedad originada por los millares de toneladas de residuos orgánicos procedentes de las ballenas, y que se conocen con el nombre genérico de «grakse». Gracias a esto, Puerto Leith es la población más asquerosa y sórdida del Universo, pero por su condición de avanzada del Polo Sur alberga a las almas en pena de los representantes oficiales de las compañías balleneras y a algunos funcionarios del gobierno que purgan en aquel infierno insospechados delitos.

El genio y el humor se agrian pronto en Puerto Leith, y tal vez por ello Patrick Kennedy, agente de la «Compañía Ballenera de San Francisco» prefirió tomar a broma el radiograma en que se le anunciaba que toda la flotilla de la compañía regresaba a Georgia del Sur.

-¡Pero si la temporada de pesca apenas ha comenzado! -rugió colérico-. ¡Tendrán que oírme si resulta cierto!

No fue chanza el aviso. Dos días más tarde se avistó la inmensa mole del buque fábrica rodeado y seguido por los balleneros de la flotilla, a modo de gallina protegiendo a sus polluelos, que enfilaba la escarpadura rocosa danzando entre los silbidos del viento. Patrick Kennedy se mesaba los cabellos considerando lo que aquello suponía. El desastre, la ruina de la

Compañía, la investigación... Aquello era el fin de su carrera, e imaginó lo peor cuando el atraque de los buques concluyó en medio de un mutismo extraño y asomados rostros taciturnos y hoscos por todas partes.

-¡Reviente de una vez, capitán, y cuénteme lo que ocurre! -apostrofó Kennedy al oficial responsable de la expedición tan pronto como pisó la cubierta del buque fábrica.

-Dentro de poco lo sabrá, Kennedy -le contestó el otro con voz temblorosa-. Pero solo hablaré cuando estemos solos y nadie pueda escuchamos.

-Atienda, capitán -insistió Kennedy, siguiéndole hasta la cámara-. Soy joven, tengo el genio vivo y vine a esta pocilga para hacer méritos antes de conseguir un alto cargo en la Compañía. Usted acaba de hacer imposible esa esperanza y yo estoy dispuesto a romperle las narices si la explicación que me da no resulta del todo satisfactoria.

-¿Acaso no piensa que también yo me he jugado la carrera? -renegó el marino.

Un marmitón tenía preparados dos «scotch wiskyes» cuando entraron en el camarote y los dejó solos a un gesto del capitán.

-Le leeré el informe y las declaraciones juradas de mis hombres, Kennedy, sin que pueda imaginar hasta qué punto llegará la importancia de lo ocurrido ni las repercusiones que podrá tener una vez que yo informe a las autoridades.

-¡Acabe o empiece, capitán del demonio, pero diga algo antes de que yo estalle!

-Se lo diré en pocas palabras. Algo desconocido y misterioso nos ha «soplado» dos buques con toda su tripulación a bordo. Desaparecidos. Tragados por el mar... o por alguna otra cosa. Ni siquiera ha sido posible hallar sus restos ni establecer contacto por radio antes de que nada ocurriese. ¿Comprende?

-¿Cómo quiere que comprenda esa insensatez?

-Insensatez o no, pero es cierto, Kennedy. Recogimos a dos hombres sobre una ballena cazada por ellos mismos. Uno estaba muerto y el otro habló muy poco antes de irse de este mundo. Creímos que deliraba, pero después nos convencimos de que dijo la verdad.

Tomó de sobre la mesa una carpeta y extrajo unos papeles que comenzó a leer. Su voz sonaba extrañamente, y diríase que era el propio «Gin» McGregor quien relataba lo ocurrido, entre jadeos, estertores agónicos y suspiros de muerte.

-«...dos ballenas azules... ¡Buena caza, capitán...! Una es nuestra y todavía no ha anochecido... ¡Para ti, «Gin» McGregor, para ti...! Tenemos que hincharla, Alec. ¿No me oyes...? ¡Fue todo tan rápido...! ¡Agárrate bien, compañero! Tú lo viste como yo; era enorme y salió del mar... El

cielo se ennegreció, el agua hervía y los hielos saltaban en pedazos... ¡Acógenos en tu seno, Santo Dios...! Era enorme; con largos tentáculos, como si fuese un pulpo... ¿Por qué no dices nada, Alec...? El buque ha desaparecido hecho pedazos y una ballena nos conduce ahora... Siento que el agua me moja los pies... Has muerto, Alec, lo presiento... Tampoco yo duraré mucho, pero antes hay que avisar a los nuestros... Míralo, Alec... se pierde en el cielo... sube rápidamente... Es largo y negro y se apoya en sus largas patas... ¡Compadécete de mí, Señor...! La ballena se está hundiendo... ¡Una ballena azul...! ¡Para ti, «Gin» McGregor...! ¡Buena caza, capitán...!»

Entregó a Kennedy aquella hoja. Refrendando la autenticidad de lo escrito estaban las firmas del médico, del capitán, de su segundo y de los dos marinos que ayudaron al doctor en sus intentos por salvar la vida de «Gin» McGregor.

-¡Pamplinas! -rugió Kennedy con los ojos inyectados en sangre.

-Todavía no he terminado -cortó serenamente el marino-. No me atreví a informarle por radio por no sembrar el pánico en la escucha, pero antes de que metiéramos a bordo a los rescatados perdimos contacto con el Número Dos. Y no es eso todo -agregó, cortando el ademán de Kennedy- sino que se intercepta un mensaje de la «Capetown», nuestro rival más fuerte como usted sabe, ¡y a ellos también les faltaba un barco!

Se pasó la mano por la frente, enjugándose el sudo)r que la cubría.

-Empleamos tres días en buscar algún rastro de los nuestros. Discutimos la decisión de volver a Puerto Leith. He llegado a convencerme de que hay algo en la Antártida, algo que desconozco y que no me gusta. Nuestro oficial de radar encontró rastros de radiactividad sobre la ballena muerta por el Número Trece, y decidimos hundirla. También se detectaron cuerpos extraños en la pantalla y...

-Escúcheme, capitán; escúcheme, por todos los santos.

-Voy a informar a las autoridades militares, Kennedy -terminó el marino con voz temblorosa-. En la Antártida hay algo sobrenatural.

CAPÍTULO II
PUESTO AVANZADO

En medio del páramo helado, azotado por el furioso ventarrón y desfigurado por los montones de nieve que la ventisca arrojaba sobre él, asomaba el bulto cuadrangular del observatorio coronado por sus cuatro cúpulas de transparente plástico. A corta distancia de él un poste rígidamente adrizado mantenía en alto un molino de viento cuyas aspas giraban locamente bajo el soplo de la tempestad; abajo, divisándose apenas, se adivinaba el negro y resistente caparazón de un cobertizo de pequeñas dimensiones.

La vida en aquel gélido desierto se concentraba en torno a estos tres objetos: El molino de viento que generaba energía eléctrica, el cobertizo que guardaba las provisiones y reservas, y el observatorio, que servía de techo a la sólida cabaña soterrada a tres metros de profundidad y que protegida por el manto esponjoso de la nieve proporcionaba cómodo y caliente abrigo a los hombres que guarnecían aquel puesto avanzado de la Antártida.

Muy pocos, llegando desde afuera, dejarían de notar la existencia del observatorio, pero también era probable que en aquella ocasión Harold Stevens, metido a la sazón en una de las cúpulas, se diese cuenta de su llegada porque su atención estaba totalmente prendida en la maravilla del espectáculo que presenciaba y que le hacía sentirse transportado a quiméricas alturas. No era para menos; en torno suyo todo el horizonte era un mar cambiante de colores y de vívidas bandas de luz, animadas o dotadas al menos de alas a juzgar por la rapidez con que cambiaban de forma y de lugar. La aurora austral se inflamaba con sus rayos verdes, rosados, amarillos y purpúreos, y la nieve y el hielo se irisaban en múltiples y fugaces reflejos, en halos y estelas brillantes que al ser removidas por la ventisca creaban una visión de indescriptible hermosura que Stevens intentaba filmar valiéndose de una cámara de gran ángulo suspendida por encima de un espejo convexo.

Pero mal a su pesar hubo de volver a la realidad escuchando las palabras que llegaban hasta él a través del altavoz de intercomunicación.

-¡Eh, Stevens...! Eso debe estar en todo su apogeo, porque la radio no funciona. He perdido el contacto con la base en el momento más interesante.

«Eso» era la aurora austral, y el meteorólogo Stevens no concebía que nadie pudiese ser capaz de designarla de modo tan despectivo.

-¡Vuelve a emitir por debajo de la nieve y déjame tranquilo! -renegó, tornando su atención a la cámara cinematográfica-. ¡Conseguirás que se me escape nuevamente!

Por debajo del observatorio y unido a él mediante un tubo vertical provisto de escalones metálicos, se abría el acogedor refugio de la bien acondicionada cabaña. Ajustados los auriculares y mascando «chicle» con rítmicos movimientos de mandíbulas, Arthur Hewitt se mantenía ante su radio, girando el mando de sintonía y haciendo gestos de cólera cada vez que la estática bombardeaba sus oídos con sus estridentes chirridos. Revisando los manoseados libros de la estantería el geólogo Joe Brean dudaba entre el título a elegir. Por último, durmiendo a pierna suelta sobre uno de los calientes catres, estaba Bruce Miller, experto en radar y electrónica y jefe del solitario destacamento.

Ninguno de los cuatro era demasiado joven ni tampoco tan maduro que pudiera ser llamado viejo. Fuertes, robustos y veteranos en las lides antárticas, fueron designados entre los especialistas voluntarios para las tareas del Año Geofísico Internacional terminado dos años antes, y todos pertenecían a la marina de los Estados Unidos, con la categoría de especialistas los tres primeros y con la graduación, además, de teniente de navío para Bruce Miller. Llevaban dos meses ocupando aquel observatorio situado a 300 millas en dirección al Polo Sur, contadas desde la base cosiera de McMurdo Sound, y si bien no les faltaban comodidades y recursos en su pequeño escondrijo, comenzaban a acusar ya los naturales síntomas del aislamiento casi absoluto a que les obligaban las temperaturas exteriores de 72° bajo cero, que se dejaban sentir pese al moderno equipo y a los trajes calentados eléctricamente que todos vestían para sus reconocimientos y estudios en las cercanías del observatorio.

-¡Malditas sean todas las auroras polares, habidas y por haber! -renegó otra vez Hewitt cerrando el receptor de un manotazo-. Precisamente cuando apenas habían podido decirme que el relevo salió de la base hace cuatro días.

-¿Y te parecen pocas esas noticias? -murmuró Brean acercándose-. Después de sesenta días comiendo conservas y tabletas de vitaminas, de tomar zumo de limón y tostarme bajo la lámpara de luz solar, después de aprenderme de memoria todos los libros de la «biblioteca», ha llegado para mí el momento ansiado. ¡Verduras, carne estofada, aunque sea de foca o de pingüino, leche fresca y verduras en abundancia! Amigo Hewitt -aseguró con tono profético-. Estoy por asegurarte que estaré quince días malo a causa del atracón. Ya me veo volando hacia Australia...

-Yo sí que te voy a hacer volar -amenazó Hewitt- pero va a ser al limbo y de un puñetazo.

-Primero el banquete -continuaba Brean sin hacerle caso-. Después la purga y luego una sala de baile y una guapa chica colgada de mi brazo. Música, mucha música; unos compases suaves... como éstos.

Y acercándose al fonógrafo propiedad de Stevens accionó el

conmutador dejando que los sones infernales del más estridente de los «calypsos» llenasen la espaciosa cabaña.

-¿Qué es esto? -preguntó entonces la voz calmosa del teniente Miller, bruscamente arrancado de su sueño-. ¿Se confabulan todos mis hombres para no dejarme dormir?

Pero ya Stevens descendía raudo la escalerilla gritando:

-¡Os tengo dicho mil veces que nadie toque mi fonógrafo!

-¿Ha terminado ya «eso»? -le preguntó Hewitt con sorna y acentuando su ironía sobre aquella palabrita que sacaba de sus casillas al circunspecto Stevens.

-¿También tú, aprendiz de telegrafista? -se engalló Harold.

-¡Silencio...! ¡Callaos todos de una vez! -ordenó el teniente Miller que había saltado del camastro y se mantenía extrañamente rígido.

-Lo siento, jefe -se excusó Brean-. Excitado con la noticia del relevo, no pensé que...

Se calló repentinamente dándose cuenta de que Miller no le escuchaba y percatándose de la expresión de los rostros de sus compañeros. Sintió entonces bajo sus pies lo que ya habían percibido los otros.

-¡Campanas del infierno!

La cabaña entera temblaba con fuerza hasta el punto de hacer oscilar con sus vibraciones las lámparas colgadas del techo. Se escuchaban los rechinamientos de las planchas de aluminio que formaban los tabiques, gemían los revestimientos interiores de aislante y plástico como sometidos a una intensa torsión. Era un fuerte estremecimiento que aumentando rápidamente pareció cobrar forma dentro de la cabaña, reventó en una brusca sacudida que derrumbó por el suelo a instrumentos y hombres y se extinguió luego tan rápidamente como había comenzado.

-¡Rápido...! -ordenó Miller, incorporándose tan asombrado y temeroso como sus hombres-. ¡Todos arriba!

Stevens fue el primero en llegar al observatorio, y desde una de las cúpulas exploró vanamente el horizonte sobre el cual, desaparecida la aurora austral y calmada repentinamente la ventisca, imperaba la más completa oscuridad. La misma comprobación hicieron los demás, y el teniente Miller añadió:

-Vayamos afuera. Esto no me gusta nada.

Quince minutos más tarde, completamente equipados y provistos de potentes linternas eléctricas, los cuatro hombres efectuaban un detenido reconocimiento en derredor del observatorio. Nada extraño apreciaron; tan sólo la superficie helada aparecía ligeramente removida y cubierta de finas agujas de hielo, aunque ello bien podía obedecer a la violencia de la tempestad.

De nuevo en el interior de la cabaña, Joe Brean consultó las bandas

registradoras de los instrumentos de precisión, comprobando que el sismógrafo acusaba una fuerte oscilación cuyo epicentro se establecía a unas cincuenta millas en dirección al polo.

-Es extraño -comentó en voz alta-. Cuando salí tenía la impresión de que iba a encontrarme con un mar de grietas y socavones. Estaba seguro de no encontrar el cobertizo ni el rotor y a punto de derrumbarse nuestra cabaña. Debo haberlo soñado.

Pero hubo algo más que aumentó el desconcierto de todos. El detector «Geiger» para la medición de radiactividad estaba emitiendo unos débiles pitidos mientras su aguja indicadora oscilaba a saltos.

-¿Quién lleva uranio en el bolsillo? -preguntó Hewitt queriendo echar a broma el asunto.

Bruce Miller tomó el detector y enfocó su boquilla hacia sus hombres y hacia él mismo. Después de un resultado negativo, repitió la operación con los diversos objetos y muebles de la cabaña, y entonces...

-¡Demonios! -exclamó.

Las señales aumentaron cuando acercó el «Geiger» hacia el equipo que vistieran poco antes y que ahora estaba amontonado en un rincón. El detector indicaba radiactividad aunque no en cantidad suficiente como para ser considerada peligrosa. La marcación era mínima y no denotaba riesgo por el momento.

-La radiactividad está afuera -dijo Miller gravemente- y nuestros trajes se han impregnado de ella durante la exploración que hemos efectuado.

-Que me zurzan si lo entiendo-murmuró Stevens.

-Trata de comunicar con la base, Arthur -ordenó el teniente-. Hemos de contarles lo que ha ocurrido.

Hewitt se sentó ante sus aparatos y conectó la radio. Hizo girar el cambio de ondas mientras el altavoz se llenaba de chirridos y trallazos secos. Luego, durante unos minutos, se percibió claramente una especie de trino sordo seguido de una rápida sucesión de puntos; se repitió el trino una, dos, tres, seis veces, para tornar luego los puntos que parecían emitidos por un manipulador de Morse.

-¿Qué has captado, aprendiz de telegrafista?-se burló Harold Stevens.

-Yo diría que es un mensaje -aseguró Brean.

-Parece un teletipo -fue el comentario de Hewitt- pero, que yo sepa, no hay un solo cacharro de esos en toda la Antártida.

* * *

Otros hombres contemplaban también el espectáculo de la aurora austral al mismo tiempo que Harold Stevens, aunque desde distinto sitio. Tres de ellos, encerrados en la cabina de un avión de reconocimiento fotográfico, transmitían observaciones al puesto de mando de McMurdo

Sound aprovechando las breves pausas que les dejaba el fenómeno magnético.

-Navy dos-cuatro-tres-siete-cero llamando a la base. No confío en que me escuches pero doy el último informe. Nos mantenemos a dos mil metros de altura, a cincuenta millas al norte de los Montes de la Reina Maúd y en unas condiciones de vuelo francamente malas... Doy nuestra posición...

El campo de hielo era un mar de fuego de sorprendente belleza. Las ráfagas de luz teñían de colores fantasmagóricos las tenebrosas laderas y los traicioneros picachos de la cordillera. Entre el trueno apagado de los motores resonaba la voz monótona del operador de radio que repetía una y otra vez su mensaje, luchando contra la estática y las interferencias producidas por la aurora austral.

-¡Mira eso, Jeff! -dijo de pronto el copiloto golpeando con el codo a su compañero-. ¿Qué podrá ser?

Por encima de las montañas había salido un trazo rectilíneo que se perdía hacia lo alto con una terrible velocidad. Parecía la estela de chispas de un cohete de señales, pero si había de juzgarse por su potencia e intensidad habría de tratarse de un cohete gigantesco.

-No creo que se trate de un fenómeno más de la aurora austral -continuó diciendo el copiloto-. Fíjate, Jeff; su posición es demasiado definida y estable, a diferencia de esas ráfagas de luz que se mueven constantemente.

-Tú lo has dicho todo, Tony -le contestó el piloto encogiéndose de hombros-. Anótalo, y ya se encargarán los científicos de resolver el enigma. Nosotros estamos aquí para efectuar un trabajo de rutina que, personalmente hablando, me gusta bien poco. Me preocupa más el hielo que se nos está formando en las alas.

Se volvió al hombre de la radio, sentado detrás de él, añadiendo entre dientes:

-Voy a dar la última vuelta, muchacho. ¿Estás seguro de que en la base han captado todos maestros mensajes?

-¿Cómo puedo saberlo, jefe? -repuso aquél-. Hasta ahora no he recibido ninguna respuesta.

-Se lo confirmaremos de palabra, amigo. Voy a dar la vuelta.

Sacudido por las fuertes ráfagas, el avión se inclinó sobre un ala y perdió altura al describir un giro descendente. Fue al intentar salir del picado cuando el piloto se dio cuenta de que los mandos no obedecían.

-¡De prisa! -ordenó a su radio-. ¡Lanza el S.O.S. y dales nuestra posición...!

Desaparecida súbitamente la tempestad magnética y bajo una atmósfera extrañamente enrarecida que hacía toser y renquear a los motores, el mensaje se esparció por el éter llevando la alarma a todas las bases de socorro, mientras los pilotos forcejeaban desesperadamente por sacar a su

aparato de aquel picado que los llevaba irremisiblemente al desastre.

El transmisor dio la señal de recepción. La base estaba a la escucha cuando se lanzó el último mensaje.

-¡Navy dos-cuatro-tres-siete-cero llamando a la base! Longitud 177 grados, 20 minutos Oeste... Latitud 83 grados, 15 minutos, Sur... Nos precipitamos hacia el suelo... Los mandos no responden... La atmósfera está enrarecida y el cielo se oscurece por momentos... Se nota una fuerte vibración que hace saltar en pedazos el hielo de las alas... ¡Conteste, McMurdo...! Repito la posición...

Dos minutos más tarde, a una orden del piloto, lanzó un postrer mensaje.

-¡Ayúdennos cuanto antes...! ¡Vamos a saltar en paracaídas...! ¡Los mandos no responden...!

CAPÍTULO III
POLO SUR

El haz brillante del radiofaro ponía su rápida pincelada de plata sobre las distintas instalaciones que constituían la base de MacMurdo Sound, que en un principio fuera un pequeño puesto de observación y luego acabó tornando inusitada importancia desde la terminación de las tareas del Año Geofísico.

Centro de un círculo dotado de vida, la luz se deslizaba sobre los montículos y ondulaciones, descubriendo los detalles reconocibles de la base. Aquí una antena de radar, explorando incesante el cielo negro; allá, la cueva fantasmagórica de un hangar cobijando a los aviones; chimeneas humeantes que a modo de extraños hongos crecían sobre la superficie helada; jaurías de aullantes perros tras sus resguardos de lona... y, como siempre, el espectro de la ventisca hecho cuerpo bajo la luz y lanzando en todas direcciones sus remolinos traicioneros, sus rachas cortantes, sus silbidos estridentes y su polvillo gélido y espeso.

Mas pese a las desfavorables condiciones, un grupo de hombres embutidos en grandes prendas de abrigo, se mantenía al descubierto para contemplar la audaz y perfecta maniobra de aterrizaje de un avión que, con todas sus luces encendidas, enfilaba la pista excavada sobre el hielo, deslizándose sobre sus patines y cortando los remolinos con el giro de sus hélices.

La comitiva de recepción no cambió ninguna palabra con el hombre que, procedente del avión, fue conducido hasta ellos. Hubo tan solo un gesto apremioso y todos se dirigieron hacia la entrada de una de las cabañas subterráneas dejando para más tarde las frases de saludo y las presentaciones.

Ello ocurrió media hora más tarde, una vez estuvieron presentes los hombres más directamente interesados en el asunto, reunidos todos en la amplia sala que hacía las veces de puesto de mando de la base.

-Capitán de corbeta Weheler, jefe de la base; teniente de navío Miller, jefe del puesto avanzado; y los técnicos Brean, Hewitt y Stevens que componen la dotación del observatorio. Ante ustedes -añadió sonriendo- el «commander» Norman Keller, del Servicio de Inteligencia de la Marina, llegado expresamente para dirigir la investigación acerca de los últimos sucesos ocurridos en la Antártida.

Quien pronunciara estas palabras era el doctor Winkler, jefe de la misión científica americana. Norman Keller le dedicó una breve inclinación de cabeza y saludó igualmente a los demás.

-Celebro conocerlos a todos, caballeros -habló con voz tranquila-. Estoy deseando entrar en materia cuanto antes y he traído conmigo un resumen

breve de los distintos acontecimientos que han llegado a llamar la atención del mando supremo del ejército y la armada.

-Por razones fáciles de comprender -continuó- no podrá darse publicidad a nuestra investigación ni tampoco extenderla a gran número de personas. Me he permitido citar aquí a los estrictamente necesarios, para pulsar su opinión primeramente y para darles a conocer después las instrucciones y órdenes que me han sido confiadas. He hecho un largo viaje a la Antártida con este objeto, y no les oculto mis deseos de terminarlo pronto y satisfactoriamente.

-Todos compartimos ese deseo, comandante -respondió el capitán de corbeta Weheler-. Este asunto ha llegado a convertirse en algo obsesionante.

-También para el Servicio de Información, se lo aseguro, aunque nuestro interés deriva hacia otras razones.

-Será mejor que entremos en materia, como usted dice, comandante -terció el doctor Winkler, limpiando los cristales de sus gruesas gafas.

-De acuerdo, doctor -le contestó Miller.

Se sirvió una taza de hirviente café y comenzó a hablar.

-Conocen ustedes los hechos más recientes -dijo- pero ignoran los detalles de un precedente que marca el primer paso para la investigación. Fue algo ocurrido tiempo atrás y que ahora no hemos tenido más remedio que relacionar con este asunto. Tres «accidentes»; uno ocurrido en el mar, otro en tierra y el tercero en el aire. La cadena está completa, caballeros.

-¿También en el mar, señor? -preguntó el teniente Miller.

-Efectivamente. El 16 de enero de este año de 1960 desaparecieron tres balleneros en circunstancias harto misteriosas y con detalles que concuerdan casi exactamente con los últimos acontecimientos. Voy a referirme a los únicos datos concretos que se poseen del caso, referentes a la desaparición del ballenero Número Trece, perteneciente a la «Compañía Ballenera de San Francisco».

De su abultada cartera de mano extrajo unas hojas de papel marcadas con el sello rojo de «TOP SECRET», y rebuscó entre ellas hasta sacar un diagrama de la Antártida.

-Veamos -murmuró-. Este ballenero cazó su última presa en la posición 169 grados, 25 minutos, Este y 57 grados, 42 minutos, Sur. Actuaba en el mar Austral con base en Georgia del Sur. Su situación está marcada como Punto Uno en el mapa.

Hubo una breve pausa mientras el comandante Keller separaba el informe completo que hablaba de la desaparición del ballenero. Luego prosiguió:

-El día 9 de marzo, los hombres del observatorio avanzado percibieron un fuerte temblor de tierra, dándose cuenta luego de que había

radiactividad en su equipo de exploración. La posición del observatorio está marcada como Punto Dos. Casi al mismo tiempo, y en el mismo día, un avión fotográfico que volaba sobre los montes de la Reina Maúd desapareció después de lanzar un mensaje, en el que daba su posición y describía lo que estaba ocurriendo. Los tres hombres que lo tripulaban han sido dados por «desaparecidos», teniéndose la certeza casi absoluta de que no llegaron a lanzarse en paracaídas. Es el Punto Tres del mapa.

-Ahora bien -añadió en medio del respetuoso silencio-. Si observan el gráfico podrán darse cuenta de que los orígenes de los tres accidentes parecen estar siempre en un mismo sitio: Los Montes de la Reina Maúd.

-¿Qué le hace suponer tal cosa, comandante? -preguntó el capitán Weheler.

-Yo no supongo nada -denegó Keller-. Me limito tan sólo a exponerles el punto de vista del Servicio de Inteligencia que juzga extremadamente curiosa la coincidencia de que las posiciones de los tres puntos del mapa estén casi en línea recta, en puntos opuestos de la Antártida, y que esa línea pase precisamente por los montes de la Reina Maúd desde donde, según informó el avión desaparecido, habíase visto salir un trazo luminoso que ascendió rápidamente. Hay, además, una serie de datos coincidentes que refuerzan la identidad del origen, y que se presentan, como mínimo, en dos de cada tres de los casos.

El auditorio iba sintiendo acrecentada su atención a medida que el comandante hablaba. Se sentían protagonistas de la acción e iban haciendo deducciones por su cuenta, resumiéndolas en tres puntos fundamentales:

1°.- Oscurecimiento de la atmósfera y entrechocar de hielos.

2°.- Existencia determinada de una fuerza desconocida.

3°.- Presencia de radiactividad.

-Voy a leerles todos mis informes -prosiguió Keller- y convendrán conmigo en que tenernos que buscar «algo» en los Montes de la Reina Maúd.

Todos tuvieron conocimiento entonces de las entrecortadas frases que componían el testamento de «Gin» McGregor, así como el mensaje final del aparato de reconocimiento. Keller explicó a continuación:

-Las circunstancias de presencia de radiactividad se dan en el Caso Uno y en el Caso Dos. La de oscurecimiento de la atmósfera aparece en el Caso Uno y en el Caso Tres. Y en cuanto al entrechocar de los hielos lo tenemos en los tres casos: hielos desmenuzados en el mar, agujas de hielo en torno al observatorio y fragmentación de hielo en las alas del avión de reconocimiento. Por lo que respecta a la presencia de una fuerza desconocida, hay buena prueba de su existencia: una ballena despedazada, un buque que salta por el aire y un avión que es atraído hacia el suelo.

-Hay un detalle más que usted no menciona, comandante -dijo el

capitán de corbeta Weheler-. Me refiero a la presencia de cuerpos extraños y fugaces en la pantalla del radar de un buque ballenero y al rastro de fuego observado desde el avión desaparecido.

-Iba a hablarles de ello precisamente, a referirme concretamente a las palabras de un hombre muerto: «Una es nuestra, y todavía no ha anochecido». Posiblemente fue el viejo McGregor la única persona que «vio» realmente esos objetos a la luz del día y pudo describírnoslos después. «Era enorme y salió del mar...» «Provisto de largos tentáculos aunque no era un pulpo». Desde el aparato de reconocimiento, ya en plena noche, «vieron» también esos mismos objetos bajo la forma de un rastro de fuego. Es relativamente fácil, pues, identificar la naturaleza de esos objetos: sencillamente, cohetes de gran potencia movidos por motores...

-Atómicos, comandante Keller -completó el doctor Winkler-. Es la única explicación de la radiactividad encontrada en cada caso.

-Posiblemente, doctor -aceptó Keller sin comprometerse demasiado-. La Antártida fue, por excelencia, el campo de experimentación del Año Geofísico Internacional. Los progresos técnicos que cada país consiguiera... -terminó, encogiéndose de hombros.

-Se establecieron tratados, comandante Keller -dijo el capitán Weheler- y nosotros hemos respetado nuestra parte.

-No señalo a nadie abiertamente, es claro -repuso Keller-. Además, suponiendo que efectivamente se trate de cohetes, ignoramos el porqué aparecen unos en el mar, otros en la tierra y otros en el aire poseyendo las mismas características. Desde el punto de vista del Servicio de Inteligencia, ningún sitio posee las mejores características para base central que los montes de la Reina Maúd. De la misma forma que nosotros hemos establecido una base avanzada en el mismo Polo Sur, bien pudo establecerse otro centro...

-Clandestino y no autorizado en nuestra demarcación, desde luego -completó el doctor Winkler.

-Por eso estimo necesario ir hasta allá, doctor, aunque antes deba encontrar respuesta a una pregunta: ¿Salieron de allí realmente esos objetos desconocidos?

-Es una pregunta difícil, comandante Keller -arguyó el teniente Miller- aunque estoy convencido de la existencia de esos cuerpos extraños, sea cual fuere su naturaleza. Mi telegrafista Hewitt captó unas señales anormales, que bien pudieran ser mensajes informativos en clave y que nada nos impide aceptar como tales después de conocidos los hechos.

-Por favor, caballeros -dijo el doctor Winkler con tono festivo-. Tal vez nos hemos sugestionado con las palabras del comandante Keller y comenzamos a ver fantasía donde acaso no haya sino lógica. No olviden que el Año Geofísico ha sido el año de las sorpresas, y no me refiero con

ello a la travesía de la Antártida por el doctor Fuchs y el explorador Hillary, ni tampoco al lanzamiento de satélites artificiales. Precisamente por ello no acabo de creer en la naturaleza sobrenatural de esos objetos que usted, comandante, acaba de describirnos. Empleemos la lógica, como antes dije, y encontraremos una razón aplastante: ¿Por qué no se manifestaron antes esos fenómenos?

-Porque el experimento no estaba a punto, doctor -se apresuró a contestar Joe Brean.

-Esperaba esas palabras, muchacho -sonrió el doctor- pero vea de contestar a esto: ¿Por qué, en el caso de que alguien estuviese interesado en mantener la incógnita de esos cuerpos, los hace visibles ahora? La expedición del doctor Fuchs cruzó los Montes de la Reina Maúd sin encontrar nada extraño; el secreto podía seguir bien guardado.

-Yo trataré de encontrar respuesta a cada una de sus objeciones, doctor -repuso Keller sonriendo-. Han transcurrido dos meses desde el último accidente y nada ha vuelto a suceder desde entonces, pese a nuestra intensa vigilancia por encontrar algo. Mis instrucciones son las de organizar una expedición a los montes de la Reina Maúd y tratar de encontrar los restos del avión desaparecido. Si lo conseguimos tendremos, tal vez, la clave del misterio.

-Será tan difícil como buscar una aguja en un pajar -comentó Arthur Hewitt.

-Mis instrucciones se refieren también a ustedes, caballeros -continuó Keller- y crean que lamento de veras privarles de un merecido descanso. Durante tres años he prestado servicio en la Base Aérea de Thule y no soy un novato en lides polares, pero ustedes conocen el terreno que vamos a explorar y por ello debo elegirlos como componentes de la expedición. Les privo del descanso, lo sé, pero si les sirve de consuelo añadiré que también a mí se me han esfumado las primeras vacaciones después de tres años de trabajo.

La voz del doctor Winkler cortó el confuso murmullo de los demás al preguntar:

-¿Y sabe ya a dónde irá realmente, comandante? ¿Tiene idea de lo que es el sitio que ha designado como meta de su descabellado viaje?

-Confieso que muy superficialmente, doctor -repuso Keller sin abandonar su eterna sonrisa-. Me he documentado en lo posible, pero...

-Se lo explicaré entonces diciéndole que el Polo Sur está emplazado sobre una altiplanicie de unos 3.000 metros de altitud, llamada Meseta de Haakon VII, que a su vez está defendida por la barrera natural de los Montes de la Reina Maúd que en ocasiones rebasan los 4.600 metros de altura. Son unas montañas de por si siniestras, carentes casi en absoluto de pasos practicables, ricas en traicioneras rachas de fuerte intensidad y

envueltas por una atmósfera enrarecida que pone a prueba el funcionamiento del mejor de los motores. Durante la larga noche polar la temperatura llega hasta los 73 grados bajo cero y la vida se hace imposible en aquellas latitudes. Tratar de llegar hasta ellas en la forma que usted proyecta es ir a una muerte segura, comandante, y debe pensar en ello antes de erigirse en inexperto jefe de expedición.

-Lo he pensado ya, mi querido doctor. En mi viaje de Polo a Polo he tenido tiempo para ello y supe aprovecharlo. Acepto sus razones, doctor Winkler, y no entra en mi ánimo el ofenderle con mis palabras de ahora: No obligo a nadie para que me acompañe; en último caso emprenderé sólo el viaje.

-Bromea usted, comandante -dijo el teniente Miller.

-Jamás hablé tan en serio. Los nombres de Shakleton, Amundsen, Scott y el de nuestro Byrd van íntimamente ligados al Polo Sur. Más recientemente, el doctor Fuchs ha atravesado la Antártida. Todos ellos nos marcan un camino; yo sólo necesito elegirlo y estudiarlo con atención antes de emprender la marcha. Debo cumplir una misión, caballeros; no la he buscado voluntariamente, pero jamás rechacé ninguna después de serme encomendada. Creo tener alguna veteranía polar y...

-No irá usted solo, comandante -dijo entonces el teniente Miller-. Seremos dos en la empresa... por ahora.

-¡Narices! -estalló Harold Stevens-. Demasiado bien saben todos que ninguno renunciará a su parte de pastel. Del cabezota de Hewitt y del socarrón de Brean me encargo personalmente. El cuadro estará completo: Un agente del gobierno, un geólogo, un técnico en radar, un operador de radio y un meteorólogo. ¡Por vida de...! ¿No comprenden que nuestras distintas especialidades son las necesarias para encontrar lo que vamos a buscar?

Hubo silenciosos gestos de asentimiento por parte de Hewitt y Brean, pero la nota de sorpresa la dio el doctor Winkler al añadir:

-Ponga a un geofisico en la lista, joven. Yo también voy... y les ruego que no traten de disuadirme.

El capitán de corbeta Weheler dijo entonces:

-Jamás vi reunida tal pandilla de locos animosos. Es cierto que asisto como observador a esta reunión, pero sea cual fuere la decisión tomada al final, me encargaré personalmente de que la Armada de los Estados Unidos se encargue de ponerlos a todos en el punto más cercano y accesible a su objetivo. Entréguenme su lista de material y la cumplimentaremos al instante, caballeros.

-Se lo agradezco -repuso Keller- pero temo que vayamos a pedir demasiado.

-Déme su lista, comandante -repitió Weheler-. Ahora los dejo; dentro

de media hora les aguardo para comer.

Norman Keller se dirigió a los demás al quedarse solos:

-Agradezco la confianza que depositan en mí, amigos, y pondré todo mi empeño para que salgamos con bien de la empresa.

Sacó entonces una nueva hoja de su cartera y añadió:

-El camino estaba elegido ya. Como dijo el capitán Weheler, un avión de transporte conducirá a hombres y equipo hasta el punto más cercano a nuestro objetivo. Desde allí seguiremos la ruta de Shakleton, que nos llevará a los Montes de la Reina Maúd a través del glaciar Beardmore.

-¡Cielos, comandante! -exclamó Hewitt-. Lo tenía todo previsto para ir solo o acompañado, ¿eh?

-Está todo previsto excepto el final de nuestro viaje, Hewitt.

Inconscientemente, el comandante Keller había dicho una gran verdad. Todo estaba previsto, excepto el final... y el final iba a convertirse en algo tan extrañamente fantástico como el misterio de la Antártida que aquellos hombres se proponían desentrañar.

CAPÍTULO IV
LA AVALANCHA

El capitán de corbeta Weheler cumplió su palabra en un plazo asombrosamente corto. Un avión de transporte, aprovechando al máximo las posibilidades de aterrizaje, desembarcó a los hombres y al equipo a unas noventa millas de distancia del punto que debían alcanzar. Hubo un emotivo saludo de despedida, y el aparato trazó sobre el pequeño grupo un último círculo de adiós antes de regresar hacia el norte en ruta a McMurdo Sound.

-El servicio de radio será constante para mantener el contacto con ustedes -había prometido Weheler.

Y el primer mensaje fue emitido a tiempo de emprender la marcha. Un tractor de tipo «Sno-Cat», especialmente diseñado para las exploraciones polares, rugía potente, afianzando sus orugas sobre el hielo mientras el teniente Miller, ante los mandos y pendiente de la brújula compensada, lo mantenía en la ruta prevista.

-Estamos aquí -decía el doctor Winkler señalando sobre el mapa- sobre el campo de hielo de Ross y siguiendo la ruta de Shakleton en dirección al glaciar Beardmore. Calculo que nuestras dificultades comenzarán mucho antes de llegar a este último punto.

Cinco días más tarde habían recorrido casi sesenta millas. A intervalos de treinta minutos establecían contacto por radio con la base McMurdo Sound, limitándose a dar su posición y a captar el acuse de recibo, teniendo establecido de antemano que la interrupción del contacto durante dos emisiones consecutivas significaría peligro. El capitán Weheler tenía dispuesto un avión de socorro que comenzaría a buscarlos a partir de la última posición recibida.

El terreno empezaba a tornarse áspero y difícil. Frente a los expedicionarios, recortándose sobre la límpida atmósfera, se erguía la barrera imponente de los montes alzándose a una distancia engañosa. Llegó un momento en que el tractor no pudo proseguir y fue necesario abandonarlo; la radio lanzó un nuevo mensaje, añadiendo a las coordenadas de posición un lacónico «seguirnos a pie». Los seis expedicionarios se disponían a recorrer las veinticinco millas que los separaban del final, pisando sobre el hielo quebradizo y falso. Unidos entre sí por una cuerda, separados por distancias prudenciales y cargados con el peso del equipo sobre sus trajes calentados eléctricamente, avanzaron penosamente desafiando a las bajas temperaturas.

Las acampadas se fueron sucediendo sin que nada extraño, fuera de las terribles condiciones climatológicas, tratara de oponerse a su marcha. Fuertes ventarrones y heladas ráfagas, intensas nevadas e imprevistas

grietas constituían los accidentes más destacados y fueron vencidos a costa de energía y decisión en la marcha. Y cada treinta minutos, la radio lanzaba al éter su mensaje que venía a ser como un grito de triunfo.

Al noveno día de marcha, el doctor Winkler tuvo ama expresión satisfecha al señalar sobre el mapa:

-El glaciar Beardmore. Shakleton tenía razón al señalar este camino como el más accesible hacia el Polo Sur.

En torno a los seis hombres se alzaban ingentes farallones de hielo bordeados por aterradores precipicios y profundas grietas de insospechada profundidad. A manera de gigantesca cascada, la lengua helada del glaciar se desprendía de los montes con su lenta marcha de siglos, socavando las rocas, puliendo las superficies y biselando las aristas. Por encima, como acecho siniestro y desconocido, los picachos de los Montes de la Reina Maúd asomaban desafiantes sus cumbres hieráticas en muda amenaza contra los intrusos que se atrevían a profanar aquel retiro solitario.

La noticia del triunfo fue enviada hasta McMurdo Sound entre las descargas parasitarias de la estática producidas por una tempestad magnética. El termómetro señalaba 70 grados bajo cero en el exterior de la tienda de campaña caldeada por una estufilla de petróleo, y los hombres se arrebujaban en sus sacos de dormir, con la mochila por almohada, intentando reponer las fuerzas antes de comenzar la nueva jornada. Arthur Hewitt, de guardia ante la radio, hacía girar el mando de sintonía tratando de captar la respuesta de la base.

-¡Mil bombas! -exclamó de pronto, apretando los auriculares contra sus oídos-. ¡Comandante Keller!

Había captado unas señales conocidas: un trino, seguido por una sucesión de puntos.

-¿Qué ocurre, Hewitt? -preguntó Miller, incorporándose antes que nadie.

-¡Otra vez el teletipo, teniente... y esta vez sonaba muy fuerte, como si se emitiera desde corta distancia!

Todos estaban despiertos cuando Hewitt dijo aquello. Keller aumentó la luz de la lámpara de gasolina y contempló la expresión inquieta del telegrafista.

-¿Qué cree que va a ocurrir, Hewitt? -le preguntó con voz sosegada al verle examinar la pistola que, como todos, llevaba al cinto.

-No lo sé, comandante -repuso el muchacho- pero prefiero estar prevenido.

La señal no se repitió y diez minutos más tarde llegaba la respuesta de McMurdo Sound acusando recibo al mensaje ordinario.

-No diga nada de esto, Arthur. Posiblemente no hará sino complicar demasiado las cosas.

Veinte minutos después, sin que nada nuevo turbara la calma de la radio, Joe Brean ahogó un monumental bostezo diciendo:

-Me voy a dormir; avísame cuando veas al primer marciano, Hewitt.

* * *

A las dos horas de marcha se desencadenó repentinamente la tempestad, como descolgándose desde los picos de las montañas. Los hombres avanzaban penosamente, oprimidos los pulmones por la descompresión producida por la altura y buscando el terreno firme entre el polvillo helado de la ventisca. La estrecha garganta a través de la cual avanzaban encajonaba el furioso viento cuya intensidad aumentaba por momentos hasta el punto de impedirles proseguir, precisamente cuando tenían proyectado alcanzar durante aquella jornada el punto desde el cual se recibió el último mensaje del avión de reconocimiento.

-Con un poco de suerte llegaremos allá antes de que desaparezca la luz -había pronosticado el comandante Keller-. Estamos relativamente cerca, muchachos.

Pero ahora era evidente que no llegarían mientras aquel impetuoso y helado huracán se les enfrentara. Un intento de proseguir estuvo a punto de costar la vida al doctor Winkler, que fue arrastrado hasta una cortadura del hielo, no desapareciendo en ella gracias a la serenidad de Stevens -su inmediato seguidor en la cordada- que se echó sobre el hielo afianzando la cuerda sobre una prominencia rocosa.

-Busquemos refugio -recomendó Miller cuando rescataron al doctor-. No hay quien resista esto.

La suerte los ayudó esta vez. A unos cien metros de distancia encontraron una hendidura de las rocas, a modo de valle estrecho y largo, que se abría perpendicularmente a la dirección de la ventisca. La protección de la barrera rocosa se hizo sentir inmediatamente.

Instalada la tienda y engullida su ración de sopa caliente, Harold Stevens montó sus aparatos de meteorología tanto en el exterior de la cortada como junto al refugio, y masculló un juramento al inspeccionarlos una hora más tarde. El huracán había roto el anemómetro y la temperatura externa era de 72 bajo cero; dentro de la cortada, sin embargo, el termómetro marcaba tan sólo 64 grados bajo cero.

No podían hacer otra cosa que permanecer encerrados en la tienda, metidos en sus sacos de dormir. Resultó imposible establecer contacto por radio ni tampoco se captaron señales de ninguna clase, y cuando a juicio de Joe Brean «se hizo de noche» comenzaron a sentir un extraño desasosiego que al final se hizo patente en las palabras de Stevens:

-¡Mil diablos...! ¡Parece que me esté ahogando!

Afuera de la cortada continuaba rugiendo la tempestad cuando

abandonaron la tienda con los pulmones oprimidos por el efecto de la atmósfera enrarecida.

-Yo diría que la oscuridad es más densa -murmuró el teniente Miller respirando el cierzo helado que obraba sobre ellos como un tónico maravilloso.

-¿Qué ha dicho usted, teniente? -saltó el doctor Winkler-. ¿Oscurecimiento del cielo?

Tal vez era esto lo que todos estaban pensando. Posiblemente rumiaban el síntoma conocido que aparecía en los anteriores accidentes.

Una ráfaga de viento hizo penetrar la tolvanera de nieve dentro de la cortadura y el frío trallazo les hizo reaccionar mientras sus pulmones agradecían el candente contraste del aire gélido. Fue entonces cuando ocurrió; precisamente cuando la tempestad ponía el escenario adecuado para el fantasmagórico objeto que habían ido a buscar.

-¡Allí...! ¡Allí...! -gritó Joe Brean extendiendo el brazo.

Apenas llegaron a divisarlo entre el velo de la ventisca, pero fue como una masa más negra, de gran tamaño y dotada de celérica velocidad, que semejó brotar del mismo seno de la nieve para perderse en la altura en una fracción insignificante de tiempo. Fue una visión fugaz pero real y tangible de algo que levantó una catarata de murmullos en el «Geiger», cuya aguja parecía haber enloquecido. Fue algo, en fin, cuya presencia dejó un eco tenebroso en la montaña bajo la forma de un trueno sordo y continuo, como el fragor de un tren expreso que avanzara con arrolladora velocidad.

Harold Stevens fue el primero en comprender lo que ocurría y lanzó su grito de aviso:

-¡Es un alud...! ¡Cuidado...!

Sin embargo, y pese a la inminencia del peligro, el grupo tardó en reaccionar tal vez por hallarse aún bajo el influjo de la extraña aparición.

-¡De prisa...! ¡De prisa, malditos estúpidos! -gritó nuevamente Stevens-. ¡Se nos viene encima...!

Derribaron casi la tienda al penetrar en tropel para agarrar sus mochilas, y corrieron luego en pos de Hewitt dirigiéndose hacia la parte más angosta del cortado para buscar refugio en sus salientes y recovecos. Tras sus huellas penetró en la hendidura una auténtica oleada de nieve, colmándola con su masa esponjosa, sepultando la tienda y el equipo suelto, derribando los obstáculos que se oponían a su avance, rellenando todos los huecos, azotando a los aturdidos expedicionarios e intentando engullirlos bajo sus pliegues pegajosos.

Nubes de blanco polvillo lo invadían todo, convirtiéndolo juntamente con las masas de nieve en un mar siniestro cubierto por traicionera niebla en donde se debatían y braceaban desesperadamente los seis náufragos que buscaban su puerto de salvación. La tromba había penetrado hasta lo más

profundo de la hendidura pero, a diferencia de las aguas, la marca no descendió después de la pleamar y borró con su paso todo vestigio de vida cuando allá afuera disminuía ya el estruendo y cuando el polvillo de nieve, perdida ya su fuerza, era succionado por el viento dejando limpia la atmósfera interior de la cortadura.

Después, sobre la blanda capa, comenzaron a aparecer los bultos negros de los primeros liberados, lastimados sus cuerpos, invadidos por una terrible y helada asfixia, maltrechos, sacudidos, yertos... Joe Brean, el doctor Winkler... el teniente Miller ayudando a Stevens... Arthur Hewitt, por último, todos entumecidos y helados, perdidas casi las fuerzas y la energía necesaria para hacer frente a su desesperada situación.

-Tuvimos suerte -murmuró el doctor Winkler temblando convulsivamente-. ¿Se encuentran bien?

-Hay que hacer algo -tartamudeó Miller mientras friccionaba enérgico las piernas de Stevens-. Es preciso, doctor, es preciso.

Debajo del montón de nieve estaba sepultado lo más precioso de su equipo: tienda de campaña, emisora, reserva de víveres, sacos de pieles, estufa y combustible, armas... y el cuerpo del comandante Norman Keller, del Servicio de Información de la Marina Norteamericana, a quien buscaron inútilmente sus compañeros de expedición.

Tras sus estériles esfuerzos, Bruce Miller se enfrentó con la realidad tratando de sobreponerse a su adverso destino, y el inventario a realizar fue breve y rápido. El doctor Winkler conservaba pendiente del hombro el detector «Geiger»; Joe Brean salvó su mochila por habérsela amarrado a la espalda; él mismo disponía de una pistola y dos cargadores de reserva, encerrados en una funda hermética pendiente del cinto y preservados del frío por una espesa capa de grasa. Los demás no habían tenido tanta suerte y se contentaban con saberse vivos todavía.

Acurrucados bajo un saliente permanecieron silenciosos hasta que Bruce Miller preguntó serenamente:

-¿Cuánto podemos durar, doctor? Removeremos otra vez ese montón hasta encontrar lo necesario, y después...

-Tal vez no lo encontremos nunca, teniente -repuso el otro-. Si el avión de socorro no llega a tiempo, sólo Dios será dueño de nuestros destinos.

Había alzado la vista hacia lo alto murmurando aquellas palabras, y un grito ronco se escapó de su boca:

-¡Miren aquello...! ¡Estamos salvados...!

No muy alta y al parecer de fácil acceso, destacando entre la claridad lechosa que llenaba la cortadura, aparecía sobre la pared opuesta la boca negra de una cueva orlada aún por los festones caprichosos del hielo que se desprendían a la menor vibración del aire. Con toda seguridad existía desde años o siglos atrás, y solamente la trepidación del alud, al derribar el muro

de hielo que la cubría, la entregaba ahora a los expedicionarios a quienes la vista del refugio reanimaba por momentos.

Improvisaron una cuerda con sus cinturones, se hundieron hasta más arriba de la rodilla en la capa de nieve y arañaron el hielo para formar una especie de escalones. Unos treinta minutos les costó alcanzar la oquedad y allí, tendidos sobre el suelo seco y transidos por el frío intenso, permanecieron sumidos en una peligrosa somnolencia, rota al fin por la voz de Harold Stevens:

-Puede ser el delirio, amigos... -murmuró-¡pero estoy sintiendo un soplo de aire caliente sobre mi espalda!

CAPÍTULO V
SOMBRAS SINIESTRAS

Era cierto. Lo que en principio tomaran como un espejismo ilusorio producido por la fiebre del delirio iba tomando realidad por momentos. Ahora sentían todos el soplo reconfortante y tibio del aire llegando hasta sus rostros y contrastando marcadamente con la gélida temperatura exterior. Era, en verdad, algo increíble y consoladoramente auténtico; algo más que añadir a la serie de extrañas circunstancias que hicieron reunirse a aquellos hombres en uno de los parajes más inhóspitos de la Antártida en busca de una incógnita que tal vez no tenía solución.

-Creo que valdrá la pena investigarlo -tartajeó el teniente Miller alzándose pesadamente-. Después de todo hemos venido hasta aquí sólo para eso.

Asintiendo mudamente, Joe Brean comenzó a rebuscar en su mochila hasta sacar una linterna eléctrica.

-Vamos, teniente -dijo-. Le acompañaré.

El doctor Winkler trataba de ponerse en pie, con ánimo de seguirlos, y se apoyaba sobre las palmas de las manos haciendo desesperados esfuerzos por conseguir su propósito.

-Ayúdenme, por favor -suplicó-. Esa investigación también me interesa.

Lo sentaron sobre el suelo, con la espalda apoyada contra la pared, y Bruce Miller denegó suavemente.

-No, doctor -dijo-. Descanse unos instantes hasta nuestro regreso. Ya habrá tiempo para que nos acompañe.

Seguido de Brean, que lanzaba un coro de luz en dirección al fondo de la caverna, avanzó decidido, agarrando la mano de su compañero y extendiendo horizontalmente el otro brazo intentando medir la anchura del túnel. Unos metros más lejos la linterna comenzó a arrancar múltiples reflejos de las rocas, y Brean pudo identificar los minerales más importantes que las formaban.

-Esto es uranita, teniente -dijo, señalando unas vetas de color café de un lustre opaco-. Un mineral primario del uranio. Parece abundar aquí.

-Mire -añadía un poco después-. Aparte de la influencia del polo magnético, una brújula se volvería loca en este túnel bajo los efectos de esos estratos de magnetita o imán natural.

Habían profundizado unos treinta metros por aquel corredor que no mediría más de dos de anchura, y continuaban percibiendo aquella atmósfera tibia que los animaba a proseguir. Miller guardaba silencio, pero el geólogo era incapaz de contener el torrente de palabras producidas por la serie de descubrimientos que estaba haciendo.

-Pechblenda -murmuró absorto, pasando la mano sobre una masa

grisácea de gran tamaño-. Es un óxido de uranio, ¿sabe, teniente? Y esto puede ser el fosfato de uranio llamado autunita -añadió después, señalando una formación de aspecto pulverulento, de brillante color verdoso y formada por grupos de pequeños cristales-. Hay aquí un auténtico filón, una valiosísima veta, rica en los minerales más codiciados del mundo, tal vez un depósito incalculable de fantástica riqueza.

-¿Está usted seguro acerca de la identidad de esos minerales? -le preguntó Miller.

-Soy geólogo, teniente -repuso Brean un tanto molesto.

-Ese filón explicaría muchas cosas, amigo -continuó Miller- o tal vez lo explique todo aunque todavía quedan muchos puntos oscuros. Puede ser una pista, no obstante.

-¿Y qué me dice usted del aire caliente? -preguntó Brean, dirigiendo nuevamente la luz hacia el fondo del túnel-. ¿Imagina algo más descabellado en estas latitudes?

-Le he cogido, geólogo -rió Miller con voz apagada-. Olvida usted ahora que en la Antártida hay dos volcanes, los Terror y Erebus, y sin ser un experto en la materia puedo asegurarle que los volcanes están originados por el fuego interno de la Tierra -terminó burlón.

-Pero no los hay en los Montes de la Reina Maúd, teniente -insistió Brean-. De ahí mi extrañeza.

Hasta entonces, el túnel se abría en un sentido de marcada horizontalidad, pero a partir del recodo delatado por la linterna comenzaba a descender suavemente para hundirse en las profundidades.

-Se diría que es la galería de una mina -comentó Brean.

-Apague la linterna -ordenó bruscamente Miller.

Obedeció el otro, y ambos interrumpieron su avance. Allá adentro, y aunque tal vez pudiera tratarse de un efecto óptico originado por el contraste con la negrura, parecía percibirse una especie de resplandor rojizo, muy difuminado y tenue, como llegando desde muy lejos; un reflejo que parecía aumentar y disminuir, extinguirse de pronto para reaparecer al punto.

-Puede ser fuego -murmuró Miller, frotándose los ojos- y ello nos explicaría lo del aire caliente. Dándolo por cierto podemos aceptar que al derrumbarse el hielo que cubría la boca del túnel se creó una especie de chimenea cuyo tiro conduce hasta nosotros esa atmósfera tibia. Claro está que...

-Pero es aire puro, teniente -rebatió Brean interrumpiendo las frases de Miller- y a menos que el olfato lo tengamos también helado, no se percibe olor alguno que presuma combustión; tampoco hay vapores o humos, a menos que...

Encendió nuevamente la linterna y dirigió su luz sobre el techo del

túnel, elevado casi un metro por encima de sus cabezas.

-No, señor -continuó-. Tampoco en la zona más alta de la excavación hay rastros de humo.

-Regresemos con los nuestros -cerró el teniente Miller-. Tal vez el doctor Winkler sea capaz de explicárnoslo.

Encontraron al resto del grupo en el mismo sitio en que lo dejaran. Harold Stevens sostenía al parecer una disputa con Hewitt, denegando el permiso que aquél le pedía.

-No insistas de nuevo, amigo -estaba diciendo-. Te expones inútilmente.

-Entonces no nos encontrarán jamás -respondía el telegrafista- porque el mismo riesgo implica el tener que aventuramos fuera de la cortadura para llamar la atención del avión de socorro. En la cueva o dentro de esta hendidura, nunca llegarán a divisarnos.

-Cualquiera que salga de la cortadura perecerá al instante, Hewitt, compréndelo.

-Y si no salimos, también.

-¿Qué sucede, muchachos? -preguntó Miller al llegar.

-Hewitt quiere bajar a buscar la emisora, y me he negado a ello. En la mochila de Brean hay pastillas vitamínicas que nos permitirán resistir un par de días, y para entonces tendremos aquí a los nuestros, guiados por los datos de la última posición que les dimos. No estamos lo suficientemente equipados para resistir la baja temperatura externa, máxime cuando vamos acostumbrándonos a esta especie de brisa tibia, y considero imprudente anticipar un riesgo innecesario.

Miller guardó silencio durante unos minutos, sospesando las ideas que se embarullaban en su mente, y luego, decidido, dijo:

-Escúcheme, doctor Winkler, escúchenme todos. Creo encontrarme al fin ante la primera pista cierta de lo que vinimos a buscar y por lo que un hombre ha entregado ya su vida. La discusión de Hewitt y Stevens me animan a comunicarles mi idea. Al final del túnel hemos encontrado...

Refirió detalladamente los descubrimientos de la primera exploración, dejó que Joe Brean confirmara los puntos más interesantes del relato, y terminó:

-No saldremos de la gruta, antes bien nos internaremos en ella. Como dije antes, los yacimientos uraníferos pudieran ser la explicación de todo el misterio, y en ese caso habría «alguien» tras todo este asunto. Tratamos ahora de salvar nuestras vidas y dependemos de la llegada improbable de un avión de socorro; pero, ¿quién nos asegura que ese avión no desaparecerá o será derribado de la misma forma que lo fue el otro, precisamente en estos parajes? Si así ocurre y mi teoría de ese «alguien» se confirma, habríamos salvado la vida o tal vez precipitado una muerte que al

parecer es inevitable ahora, pero tan sólo yendo al encuentro de lo que pueda haber al final del túnel, investigando el origen de ese resplandor rojizo y buscando el lugar de donde nace este aire caliente, podremos tener posibilidades de salvación, remotas si se quiere, pero más factibles que permaneciendo aquí esperando la llegada del socorro. Yo he tomado mi decisión, pero necesito conocer la de ustedes.

Se hizo el silencio y los hombres se miraron entre sí buscando en cada rostro un gesto o una expresión que revelara sus pensamientos. Pero fue el doctor Winkler el primero en responder:

-Si no ha de estorbarle la compañía de un viejo con las piernas medio heladas cuente conmigo, teniente dijo con firmeza-. Su plan me parece aceptable en principio, aunque creo también que alguien debe quedarse junto a la entrada de la cueva para no desperdiciar tampoco la pequeña probabilidad de arribo del aparato de socorro.

-No tenemos armas, teniente -arguyó Brean-. Su pistola no representa nada ante la envergadura de la empresa.

-Pero nosotros no vamos a luchar con armas, muchacho -contestó Miller.

-¿Y cree usted que le dejarán enterarse de todo con sólo pedirlo? -preguntó Hewitt burlón.

-Espero que no, amigo, pero yo prefiero morir de asfixia que de pulmonía.

-Le acompañaré -dijo el telegrafista-. ¿Quién más viene?

-Si no hay inconveniente, yo me quedaré en la gruta -dijo Stevens-. En los Estados Unidos ha quedado alguien aguardando mi regreso.

-No le censuro por su actitud, Stevens -le dijo Miller-. De todas formas pensaba aceptar la sugerencia del doctor Winkler y su petición me evita realizar un sorteo. ¿Alguien más desea acompañar a Harold Stevens?

El silencio fue la mejor respuesta.

* * *

Llegados al recodo del túnel, Miller apagó la linterna que empuñaba y tras dejar que las pupilas se acostumbraran a la oscuridad hizo notar a sus acompañantes el resplandor tenue que antes advirtiera.

-Aquí se inicia la pendiente del túnel -murmuró- y hay más de una milla de recorrido hasta alcanzar esos reflejos.

No se escuchaba más que el «tac-tac» del «Geiger» que llevaba el doctor Winkler y que continuaba acusando débiles síntomas de radiactividad.

Con el foco de luz dirigido hacia el suelo, el grupo inició el descenso dejándose llevar por la pendiente que avivaba su paso. El aire continuaba siendo respirable y cuando a intervalos espaciados Miller los dejaba

sumidos en tinieblas podían contemplar el destello rojizo por debajo de ellos. El túnel seguía una línea marcadamente recta, y su anchura variaba continuamente aunque nunca resultara tan estrecho como para impedir el paso de tres hombres de frente. El piso era seco, recubierto por un polvillo fino, y en ocasiones sentían correr junto a ellos las filtraciones de agua procedentes de cualquier parte de la montaña.

Bruce Miller calculaba que habrían descendido unos treinta metros durante los casi cincuenta minutos de recorrido a través del túnel, y en su rostro se pintó una expresión de desencanto cuando desembocaron en una gran caverna de brillantes paredes y recias columnas rocosas entre las cuales se abrían nuevos pasadizos sirviendo de ruta al resplandor rojizo que, reflejado, enviaba su luz difusa por la dirección del túnel que los condujera hasta allí.

-Hemos de volver a empezar -jadeó el doctor Winkler paseando sus ojos asombrados sobre el conjunto pétreo que la luz de la linterna iba poniendo al descubierto-. ¿Qué nuevo camino tomamos, teniente?

Miller hizo un gesto recabando silencio. Muy amortiguadas llegaban hasta ellos unas palpitaciones acompasadas que podían identificarse fácilmente como procedentes de un motor.

-¡Escuchen esto! -dijo innecesariamente.

Hewitt se arrodilló para pegar el oído en el suelo, escuchó atento y...

-Parecen venir de esa dirección -dijo, señalando hacia el túnel más a la derecha.

-Iremos por allí entonces.

-Óigame, teniente -murmuró entonces Joe Brean-. Creo estar convencido de que ni esta caverna ni el túnel son debidos a la mano del hombre. Su conformación geológica y sus pliegues de estratos...

-Está bien, muchacho -cortó Miller impaciente-. Ya habrá tiempo para tecnicismos. ¿Está seguro de lo que dice?

-Del todo, jefe.

-Entonces es que alguien se ha aprovechado de la naturaleza. Si lo que estamos oyendo es un motor, me gustará conocer al mecánico que lo montó.

Enfílaron el corredor de la derecha, también en pendiente, y treinta minutos después llegaban a una nueva sala, de trazado casi circular, desde la cual pudieron escuchar perfectamente el latir de aquel mecanismo. La temperatura había aumentado notablemente, bien debido a la profundidad o por hallarse más cerca del punto en que se generaba el calor.

-El «Geiger» registra una radiactividad más acentuada, teniente Miller- dijo el doctor Winkler acercando el detector a la linterna.

-¿Peligrosa, doctor?

-Todavía no, teniente.

-Pues, adelante.

Una nueva galería les facilitó el paso, se trataba de una especie de fisura en la pared rocosa, que después de atravesada se ensanchaba nuevamente para desembocar en una galería transversal, iluminada tenuemente por rojos resplandores. Miller encendió la linterna y...

-¡Campanas del infierno! explotó Hewitt.

El foco de luz se quebraba sobre la doble línea metálica de unos carriles firmemente asentados sobre el suelo rocoso sin necesidad de traviesas.

-Creo que haríamos bien en volver atrás, teniente -silabeó el telegrafista- siempre y cuando, claro está, de que fuéramos capaces de encontrar el camino.

-He dejado marcas en todas las galerías -dijo Brean.

-Pero todavía tenemos esto, muchachos -agregó Miller, desenfundando la pistola.

Pese a las prudentes palabras de Hewitt y las belicosas del teniente Miller, nadie en el grupo pensaba seriamente en abandonar la empresa a aquellas alturas. Prendidos en la red tupida del misterio, de la excitación y de la curiosidad, estaban decididos a llegar hasta el final de aquel asunto, máxime cuando su importancia se acrecentaba por momentos.

-Seguiremos los rieles -propuso el doctor Winkler-. ¿Dividimos el grupo en dos fracciones?

-Iremos todos juntos, doctor -le contestó Miller-. Será lo más seguro.

Y dado que el resplandor se hacía más intenso hacia la izquierda se dirigieron en aquella dirección precedidos por la luz de la linterna. Continuaba escuchándose el golpeteo acompasado del motor, cada vez más fuerte, y al doblar un recodo apareció ante ellos la primera luz, consistente en un globo de apariencia metálica y de purpúreos reflejos suspendido del techo del corredor.

-Ahora podremos economizar la pila -fue el único comentario de Miller, apagando definitivamente la linterna.

-Me gustaría estudiar la naturaleza de esa luz -musitó el doctor.

Veinte metros escasos de recorrido los llevaron hasta una nueva sala de forma circular, entre cuyas columnas asomaban nuevas líneas férreas. A un lado había una plataforma basculante de un diseño parecido a las empleadas en minería, y aunque todo aquello los iba afirmando más y más en su creencia de la intervención de la mano humana, les extrañaba sobremanera la ausencia de seres animados.

-Parece como si hubiesen huido al oírnos llegar -masculló Hewitt.

Al menos en eso se equivocaba Hewitt. Desde su llegada a la segunda caverna estaban siendo vigilados atentamente por unos seres a quienes pareció sorprender la presencia de los intrusos. Ocultos en la penumbra, deslizándose rápidamente por aquella serie de pasadizos que parecían

conocer a la perfección, adivinaban de antemano la dirección tomada por el grupo y salían a su encuentro, sin revelar su presencia, atentos sólo a los movimientos del teniente Miller y sus hombres, y prestos para comunicarse con otros lugares del laberinto rocoso.

Eran unos seres de esbelta figura y ágiles movimientos, de figura y apariencia humana, de facciones enérgicas e inteligentes, a quienes ahora parecían regocijar las maniobras exploratorias del grupo, a quienes placía dejarles avanzar a través de la serie de pasadizos, como una diversión cruel, como un juego despiadado con aquellos a quienes consideraban presa segura desde el momento en que su presencia fue advertida.

Luego hubo una voz de aviso ante un transmisor. El grupo se estaba acercando demasiado a determinado punto y era hora de terminar con sus andanzas. El juego había acabado y llegaba el momento de la acción. Y esta acción la percibió el grupo entero cuando se disponía a abandonar la sala circular prosiguiendo su camino en seguimiento de los raíles que ahora se hundían por un túnel en pendiente. Llegó hasta ellos bajo la forma de una extraña opresión, una especie de súbito enrarecimiento de la atmósfera que convirtió en dificultosa su respiración. Sin distinguir a nadie en torno suyo se sentían zarandeados, golpeados por invisibles fuerzas que, sin causar heridas, insensibilizaban lentamente sus organismos, debilitaban sus fuerzas y trastornaban sus sentidos hasta el punto de hacerles verse rodeados por un conjunto de sombras siniestras que se abalanzaban ferozmente contra todos y cada uno de los hombres.

-Adelante... adelante... -jadeó Miller intentando proseguir y sintiendo que la pistola se le desprendía de los dedos fláccidos.

Unas terribles náuseas le contraían el estómago, y sus pulmones parecían a punto de estallar. Al darse cuenta de que no era seguido se volvió trabajosamente hacia sus compañeros y los vio, a través de su turbia mirada, contorsionados en rígidas figuras, apoyados contra la pared, resbalando hacia el suelo. Miller sintió también que se le doblaban las rodillas como si sus huesos se hubiesen convertido en finos alambres; que se aceleraban los latidos de su corazón... y que aquella legión de sombras cobraba forma para convertirse en figuras definidas de maligna expresión y regocijado rostro. Perdió el conocimiento antes de darse cuenta, y se desplomó como fulminado por el rayo.

Pero hubo uno entre todos, el doctor Winkler, que llegó a identificar los síntomas, reconviniéndose interiormente por no haberlo deducido antes dada su condición de geofísico. Intentaba hablar, pero su boca no profería ningún sonido mientras él se deslizaba hacia la inconsciencia.

-Ultrasonidos... Debí haberío comprendido así... Ultrasonidos... Eso lo explica todo... La desaparición del ballenero... El alud...

CAPÍTULO VI
EL MUNDO SUBTERRÁNEO

En la mente del teniente Miller se estaba librando una sorda lucha entre dos partes fundamentales de su existencia: la vida y la muerte. Era como si se encontrase en el fondo de un pozo cuya boca iba cubriendo lentamente una tapa de gran peso, intentando vencer la especie de torbellino que viniendo desde abajo le oponía su impulso al mismo tiempo que trataba de ensanchar las paredes del pozo en sus ansias de fuga.

Su cuerpo se estremecía débilmente bajo los efectos de aquella lucha interna, y su primer movimiento hizo nacer una mirada de triunfo en los seres que, inclinados sobre él, le observaban con atención. Poco a poco, como volviendo del pasado, Bruce Miller fue recobrando los sentidos; se entreabrieron sus párpados, recobraron su visión los ojos, y él mismo se encontró contemplando las desigualdades rocosas de un techo brillante iluminado.

Una íntima resistencia mental le impedía reaccionar plenamente, pero hasta esa postrera sensación fue vencida y Miller se sintió «empujado» hacia la vida, débil de cuerpo y de espíritu aunque no tanto que le imposibilitara percatarse de su situación ni olvidar los pasados acontecimientos. Estaba tendido de espaldas sobre una superficie dura, con la cabeza un poco alzada, contemplando fijamente una especie de embudo brillante que se iba elevando con lentitud; reseca la garganta y con un sabor amargo en los labios, se preguntaba interiormente si estaría vivo o muerto. Y entonces ocurrió algo que tuvo la virtud de despejarlo por completo.

Había atribuido el zumbar sordo que le rodeaba a un defecto de audición, pero esta vez escuchó claramente una voz imperativa profiriendo una orden en un idioma desconocido; una voz conminatoria cuyo acento impulsaba a obedecer por incomprensible que fuese el significado de las palabras. Aquel embudo que obstaculizaba su visión fue apartado bruscamente a un lado, y los ojos de Miller se dilataron de asombro y espanto. Quiso gritar, decir algo, y de sus labios salió apenas un estertor ronco y sibilante mientras continuaba mirando lo que había a su lado.

Bajo la cruda luz, dos figuras muy semejantes se alzaban junto a aquella especie de cama. Su apariencia era casi humana y su piel blanca, pero denunciaban su naturaleza extraterrestre en sus rasgos, en sus trajes y arreos, en su idioma y en su innato aire de superioridad que les hacía contemplar al teniente como un algo de frágil consistencia. El que estaba más cerca sonrió desdeñoso al percibir la sorpresa y el temor que embargaban a su prisionero, y repitió su incomprensible orden. Era alto, delgado, esbelto y de regulares proporciones en su rostro y sus miembros. Sus ojos fulgurantes se abrían por debajo de la frente espaciosa, protegidos

por el arco de las cejas y velados por el doble cerco de las pestañas mientras los párpados se cerraban lateralmente hasta dejar unas ranuras verticales en donde brillaba una mirada de triunfo. Las mejillas eran carnosas y desprovistas de vello, separadas por una prominente nariz en cuya base se abrían tres minúsculos orificios olfatorios. La boca, alargada y prieta, destacaba como un manchón morado sobre el pálido de la epidermis, y en torno a ella se formaban unas arrugas que siguiendo la línea de las mandíbulas terminaban en un ensanchamiento vibrátil de la piel que se subdividía allí en dos lóbulos continuamente dotados de movimiento en torno al conducto auditivo y que hacían repulsivo el perfil del rostro, modelado delante por un breve mentón y cubierto detrás por una abundante y cuidada cabellera que caía hasta los hombros.

Su busto y sus brazos estaban cubiertos con una especie de túnica, con la insignia de dos espadas cruzadas sobre campo azul grabada sobre el pecho, y ajustada al talle por un ancho cinturón del cual pendía una funda dejando asomar la culata de una especie de pistola. La vestidura caía luego en pliegues hasta las rodillas, cubriendo un calzón que parecía formar una sola pieza con las botas de alta caña formadas por escamillas articuladas de tonalidad oscura.

Miller abarcó el conjunto de una ojeada, y su actitud temerosa y remisa no debió de ser del agrado de aquel ser, puesto que unos dedos poderosos, recubiertos por un guantelete del mismo tejido del calzado, se hincaron en su hombro obligándole casi a levantarse. Hasta él llegó el tono fuerte de una pregunta, pero Miller no pudo responderla; su cabeza cayó hacia atrás y perdió nuevamente el conocimiento.

* * *

Volvió en sí con los nervios en tensión y las fuerzas plenamente recuperadas. Estaba seguro de que no fue un sueño, y se avergonzaba de su anterior debilidad que no acertaba a explicarse. Se incorporó prestamente, poseído de belicosos instintos y rechazó las manos que le ayudaban a ponerse en pie. Vio entonces que se hallaba en una especie de quirófano; que estaba tendido sobre una mesa de operaciones rodeado por una serie de extraños aparatos cuya naturaleza y finalidad desconocía. Erguido ante aquellos hombres apreció su elevada estatura y su fortaleza física contra la inferioridad manifiesta en que él se encontraba... y esta deducción prudente borró el instinto rebelde que le llevaba a contestar a una violencia con otra. Rápidamente sereno, entreabriendo los labios en una débil sonrisa, Bruce Miller encontró fuerzas para bromear:

-No hace falta que te exaltes, compañero. Ocurre que no entiendo nada de lo que dices.

Pero el otro hombre que hasta entonces permaneciera silencioso terció

en la conversación contestando en mal inglés:

-Tú entender a mí. Amigos tuyos decir motivo de viaje hasta Korba. ¿Por qué venir de tan lejos? ¿Qué contestar a pregunta mía?

Vestía igual que su compañero, y pese a estar desarmado se notaba en él cierta jerarquía de mando confirmada por el respetuoso movimiento de su semejante, que le dejó sitio manteniéndose a prudente distancia.

La noticia de la existencia de sus amigos llevó a Miller a persistir en su tono jocoso, en un intento de contener el estallido de sus nervios.

-¡Vaya, hombre! -murmuró-. Aquí hay uno que fue a un colegio de pago.

-¿Qué contestar a pregunta mía? -repitió el otro con acritud.

-¿Qué es Korba? -preguntó Miller a su vez.

-Korba es tierra que tú pisas. ¿Que buscar aquí?

-Busco a un avión y a unos hombres. ¿Sabes algo de ellos?

Brillaron de cólera los ojos de aquel hombre y agregó:

Mentir ahora, pero responder más tarde. Mucho tiempo para responder. No prisa.

Se volvió hacia su subordinado y le habló brevemente; aquél, obedeciendo, desenfundó su arma y Miller la contempló con mal disimulada sorpresa. En su aspecto general tenía las líneas de una pistola de gran calibre, y consistía fundamentalmente en una esferilla opaca y aplastada, de unos diez centímetros de diámetro, en cuya parte inferior se acoplaba una culata curvada; la esferilla estaba atravesada por dos cañones superpuestos, el inferior más corto y rematado por una puntiaguda aguja. Un hilo flexible salía de la culata para perderse en el interior de la pistolera, y bajo la presión de los dedos enguantados el arma emitió un ligero silbido que se extinguió segundos después cuando la aguja del cañón inferior tomó una coloración anaranjada.

Miller comprendió que el arma estaba lista para entrar en funciones, y entendió también el significativo gesto que le hicieron con ella. Caminó en dirección a la puerta del aposento intentando ocultar la repentina debilidad de sus piernas, y empujado por el arma siguió adelante por un pasadizo estrecho que desembocó en una galería profusamente iluminada por aquellos globos rojizos. Un gruñido de su guardia le inmovilizó junto a los raíles y al arribo de un tren de vagonetas vacías -el primero que Miller contemplaba- subieron en él aprovechando su lenta marcha.

Al llegar a una de las amplias cavernas en que parecía abundar aquel mundo subterráneo, una plataforma basculante tomó una a una las vagonetas y las dejó deslizarse por la pendiente de una nueva dirección. Miller y su guardián, erguido firmemente éste y fuertemente agarrado aquél, sintieron aumentar la velocidad, y el teniente tuvo la impresión de que le conducían al infierno al divisar allá al fondo el resplandor rojizo que

venía a su encuentro. Pudo identificar una de las galerías y la nueva caverna a donde fueron a parar como una de las recorridas anteriormente por su grupo, pero prontamente quedaron atrás por efecto del vertiginoso impulso que llevaban y se adentraron en lugares desconocidos del laberinto de túneles y pasadizos.

Las paredes y el techo de los túneles parecían estar formadas por placas de metal en incandescencia. El color rojo era intenso y sus reflejos sanguinolentos se extendían a distancia.

-Esto es lo que vimos al descender -murmuró Miller.

Tras un largo recorrido perfectamente horizontal, el tren de vagonetas se detuvo por sí solo. Hacía calor, y a Miller comenzaba a molestarle su equipo ártico pese a estar destrozado e inservible como atuendo polar. Obligado a descender caminó hasta el final del túnel y allí le inmovilizó la sorpresa hasta el punto de recibir en la espalda un golpe con el cañón de la pistola para obligarle a avanzar.

Se abría allí un pozo de unos cincuenta metros de diámetro con las paredes recubiertas a trechos por bandas metálicas que servían de soporte a unas gruesas guías verticales semejantes a las de un ascensor y que formaban los vértices de un pentágono regular. El pozo estaba ocupado por un cuerpo cilíndrico de gran tamaño, detenido horizontalmente a una altura superior a la cabeza de Miller, que de esta forma podía contemplar su base convexa, las series de orificios practicados en ella y que correspondían seguramente a escapes de motores, y las cinco vigas metálicas que, naciendo de aberturas practicadas en la base, se agarraban a las guías mediante un desconocido sistema de deslizamiento y freno.

Un poco a su izquierda y utilizando un puentecillo metálico, una fila de seres conducía hasta el cilindro las cargas que sacaban de un tren de vagonetas. Las vio confusamente al principio, pese a la brillante luz, pero luego...

-¡Joe... doctor... Hewitt...! -llamó Miller sintiendo renacer sus fuerzas y olvidándose de todo lo que no fuese la presencia de sus compañeros.

Un coro de voces excitadas y alegres respondió a sus gritos y provocó un doble gruñido de cólera en el guardián de Miller y en el que custodiaba a los demás. Estaban todos: el geólogo Brean, el viejo doctor Winkler y el lenguaraz Hewitt, acompañado por el meteorólogo Stevens que dejaron de guardia en la boca de la gruta.

-¡Échenos una mano, teniente! -animó Hewitt haciendo un sitio en la fila-. Después de todo no hacemos otra cosa desde hace mucho tiempo.

A todas luces era aquél el sitio destinado para Bruce Miller, porque su guardián, tras entregarle a la custodia del otro, retrocedió por el mismo camino que los condujera allí.

-Le creímos muerto, teniente -dijo Brean, a su lado, pasándole un

bloque de mineral de unos tres kilos de peso que Miller, a su vez, entregó a Stevens.

-Creo que «estuve muerto», muchacho -aseguró Miller gravemente- y que estos demonios de Korba me hicieron resucitar por algún procedimiento privado.

-Tal es también mi parecer, teniente -confirmó el doctor Winkler desde el principio de la línea-. Me sentí retornado a la realidad y vuelto a la vida cuando mi deseo no era ése.

-Nos «obligaron a vivir» -murmuró Miller-. ¿Y por qué?

-Aguarde a ver la cabeza de línea, teniente -dijo la voz zumbona de Hewitt- y comprenderá que vale la pena estar vivo.

Intrigado por el timbre de sus palabras Miller miró en dirección al cilindro y...

-¡Una mujer! -exclamó-. ¿Cómo es posible?

Recibiendo los bloques de mineral para entregarlos a otra persona no visible había realmente una mujer, una auténtica belleza de cabellos color ceniza y ojos azules en los cuales había una expresión de temor. Era joven aún, de formas armoniosas y exquisitas realzadas por la ajustada cazadora de piel de reno y los pantalones del mismo género que se ceñían a las rodillas para introducirse en unas destrozadas botas de alta caña.

-No habla nunca -añadió el oficioso Hewitt- y si sabemos algo de ellos se debe a...

-¿Cómo de ellos? -le interrumpió Miller sin dejar de trasegar los bloques-. ¿Es que hay alguien más?

-Sí; su padre -le contestó el otro-. Es el hombre que entrega los bloques en el interior del cilindro, un viejo simpático a quien conocerá pronto. La muchacha se llama Helen y su padre Bob; los cazaron en Alaska hará cosa de tres semanas o un mes.

Miller no salía de su asombro ante la rapidez con que se estaban sucediendo las sorprendentes informaciones y la serie de conjeturas que podían extraerse de ellas.

-¿Es que nos hemos vuelto locos todos nosotros? -renegó- ¡Resulta más que increíble!

-Todavía lo es más el que todo esto suceda a una distancia tan relativamente corta del lugar donde se hallan los nuestros -cerró el doctor Winkler, suspirando al agarrar un nuevo bloque de mineral.

* * *

El alojamiento común de los cautivos era una cavidad larga y estrecha, un tramo de la galería tapiado por ambos lados y provisto de sólida puerta, en cuyo interior se extendía una fila de jergones de insospechada blandura además de la consabida lámpara de luz rojiza que bastaba y sobraba para

disipar las sombras, y una cavidad de la roca se llenaba con el goteo incesante de una filtración de agua cuyo frescor mitigaba un tanto la sofocante atmósfera.

En un extremo, rehuyendo la compañía de aquellos hombres que se desvivían por atenderla, estaba aquella muchacha de rostro inescrutable y ojos temerosos, atenta sólo a la presencia de su padre, único al parecer que sabía comprenderla. Miller, insaciable, acuciaba a los suyos con apremiantes preguntas en un intento de forjarse una idea lo más exacta posible de la situación de todos, de la identidad de aquellos seres que los custodiaban, de sus medios mecánicos, de los propósitos que los llevaron hasta la Antártida. Pero ninguno podía darle respuestas concretas, obligándole a perderse en un mar de conjeturas.

-Cuando recobré el conocimiento tenía delante a un tipo de éstos -decía Hewitt-. Casi vuelvo a desmayarme del susto.

-Me habían quitado la mochila y cuantos objetos llevaba encima -añadió Brean.

-Vi a uno que examinaba curiosamente el detector «Geiger» -murmuró el doctor Winkler- pero yo estaba demasiado aturdido para darme cuenta de sus reacciones.

-Cuando oí sus voces en la cueva creí que eran ustedes al volver de su exploración -completó Stevens-. Confieso que me cazaron como a un conejo.

-Lo que yo quisiera saber es cómo se las arreglaron para reanimarnos, teniente -dijo Hewitt-. El doctor Winkler dijo que se deshicieron de nosotros mediante ondas ultrasónicas y que ello explicaba la desaparición del ballenero, del avión y hasta el alud que se nos vino encima.

-En efecto, muchachos -corroboró el viejo-. La intensidad de esas ondas puede llegar a deshacer un muro de cemento con sus vibraciones.

-¿Pero qué es lo que buscan? -insistió Miller-. ¿Qué sacan de esas galerías?

-Al menos para eso tengo una respuesta, teniente -repuso Joe Brean.-. Lo que estamos cargando en esos cilindros es pechblenda. Ya le dije en otra ocasión que es un óxido de uranio y, por lo visto, lo hay en abundancia aquí. Llega hasta nosotros en trenes de vagonetas conducidos por un guardián armado, nosotros lo transbordarnos al cilindro y cuando la capacidad de carga de éste queda colmada nos hacen retirar de la boca del pozo y nos encierran aquí.

-Hay algo más -añadió el doctor Winkler- y es la certeza sobre la identidad de estos seres desconocidos. En principio pensé que acaso pudiesen ser descendientes de alguna raza que pobló la Antártida en tiempos remotos, pero descarté definitivamente esta hipótesis porque su aceptación implicaría también una era de perfeccionamiento y desarrollo

que se haría demasiado larga aun en las circunstancias más favorables. Hemos de rendirnos a la evidencia, amigos; estamos en poder de unos seres llegados a la Tierra desde otro planeta. Tal vez Marte... acaso Venus... demostrando siempre las hipótesis científicas de la pluralidad de los mundos habitados, las teorías acerca de la posibilidad de vida en los distintos planetas de nuestro sistema solar y las conjeturas acerca de la existencia de otros sistemas, igualmente dotados de vida, poblando la inmensidad del espacio.

El doctor hablaba como inspirado por un don profético, pero Hewitt se encargó de hacerlo bajar de las nubes para recordarle de nuevo que estaban prisioneros.

-Ya nos lo contará en otra ocasión, doctor -le dijo amablemente-. Ahora preferiría más que nos explicara su propia teoría para escaparnos de aquí.

-El hombre que me interrogó aseguraba que había mucho tiempo para responder -dijo Miller-. ¿Significa eso que viviremos?

-Pregúnteselo cuando venga, teniente -repuso Stevens.

-Pero aquel hombre me hablaba en un inglés bastante inteligible, insistió el teniente-. ¿De quién pudo aprenderlo...? ¿Cuánto tiempo hace que estos seres están en la Tierra...? ¿No lo comprenden? -se exaltó- Nuestro planeta corre un grave riesgo; tenemos la seguridad absoluta de que estos seres están aquí como enemigos.

-¿Y qué? -barbotó secamente el telegrafista.

-Tenemos el deber de advertir a los nuestros, de prevenirlos, de ponerlos sobre aviso.

-¿Cómo, teniente? -quiso saber Harold Stevens.

Bruce Miller apretó los puños con ademán de desaliento sabiéndose vencido de antemano, pero de improviso se volvió hacia el hombre que, sin hablar, les escuchaba desde el primer momento mientras acariciaba los cabellos de su hija.

-¡Usted! -rugió con voz enérgica-. Si es capaz de hablar, díganos todo lo que sepa desde su captura. Me encargo personalmente de sacarle las palabras una a una si es que se niega.

-No hará falta -contestó aquel hombre-. Mi relato es bien corto y nada interesante. Me llamo Robert Hunter y soy norteamericano, como ustedes; habitaba una cabaña solitaria en unión de mi hija Helen, vivíamos tranquilos junto a un lago formado por las aguas del Yukón, y me defendía con las pieles que cada seis meses vendía en Nome.

-¿Dónde y cuándo los cogieron?

-El once de octubre. Las aguas del lago se abrieron y algo enorme salió de ellas. Fui lanzado a distancia por la conmoción y antes de darme cuenta me vi en manos de estos seres desconocidos. Creí volverme loco de miedo, pero mi instinto de lucha se centuplicó al escuchar los gritos de Helen que

se debatía entre los brazos de uno de ellos. Me abalancé contra el más próximo... y ya no sé nada más. Recobré el conocimiento en una de estas cavernas, y por boca de ustedes mismos he sabido que me encuentro en la Antártida, a miles de millas de donde fui atrapado.

-¿Qué le ocurre a su hija? -quiso saber Miller.

-No lo sé con certeza, pero me temo que la impresión fue fatal para ella. Ha perdido el habla y sus movimientos son los de un autómata. Ellos no me han prestado la ayuda que les pedí, pero si Helen no se recobra, si su razón se trastorna totalmente...

Y apretó los puños con fuerza, como ansiando matar y destruir.

-¡Cállese! -ordenó Miller entonces.

Estaban escuchando el zumbido del motor que a fuerza de percibir en las últimas horas les pasaba inadvertido. Pero ahora ese zumbido era mucho más fuerte y se incrementaba por momentos haciendo temblar las paredes de la galería. De improviso estalló un trueno gigantesco que dio paso a un silbido ensordecedor. El sonido llegó prontamente a lo que parecía ser su máxima intensidad, obligándoles a cubrirse la cabeza y los oídos con los brazos para poder resistirlo... y se extinguió de pronto, como succionado por un colosal vacío que convertía al silencio en algo insoportable.

Bruce Miller escuchaba aquello por vez primera, pero Hewitt le confirmó tembloroso:

-Ya ha ocurrido otra vez, teniente, desde que estamos aquí.

-Sí -corroboró Bob Hunter tratando de calmar los sollozos entrecortados de Helen-. Yo lo he escuchado varias veces desde mi estancia; no sé a qué obedece, salvo que después del ruido...

No pudo continuar. Se abrió la puerta para dar paso al centinela, que pistola en mano los hizo salir.

-¿Qué iba a decirme, Bob? -preguntó Miller cuando avanzaban en fila por el corredor.

-No importa, teniente. Va usted a comprobarlo por sí mismo.

En efecto. Llegados a la boca del pozo, Miller sólo encontró vedijas humosas que ascendían despacio entre una auténtica lluvia de fragmentos de hielo. Pero el cilindro que ellos ayudaron a cargar había desaparecido.

CAPÍTULO VII
SERES DE OTRO MUNDO

Unido a sus compañeros, Miller estudiaba atentamente la configuración del pozo que, libre del obstáculo del cilindro, se ofrecía ante sus ojos, resplandeciente bajo la luz de los focos. Desde arriba caía una menuda lluvia de cristales de hielo que se licuaban rápidamente por efecto de la temperatura y que no impedían contemplar las aberturas terminales de otras cuatro galerías, visiblemente ensanchadas por la acción de la mano del hombre y colocadas a un nivel ligeramente superior al de la que ellos ocupaban. Sendos grupos de vagonetas aguardaban ya el momento de la descarga, y ellos mismos sintieron a sus espaldas el ruido del correspondiente tren de mineral.

-Ahí está -anunció Hewitt señalando hacia el pozo-. Nunca se retrasa.

De lo más profundo de la sima brotaba otra vez el latido acompasado de un mecanismo. Y mientras aguardaban bajo la impasible vigilancia de su centinela y en las restantes galerías se alineaban los seres que, como ellos, estaban listos para iniciar el acarreo, fue subiendo lentamente otro cilindro que hasta entonces permaneció oculto en la insondable sima. Era de color negro, de unos treinta metros de diámetro por cinco de alto, enteramente metálico y de robusta construcción. Sus cinco brazos metálicos resbalaban al unísono sobre las guías con igual potencia y acompasado empuje, manteniéndole en perfecta horizontalidad. Su base superior presentaba la forma de bóveda, con una curvatura semejante a la convexidad que Miller observara en la base inferior del otro; una medida tan idéntica que podía conjeturarse sin lugar a error que los cilindros se acoplaban unos sobre otros para formar un solo conjunto.

-Miradlo -susurró Stevens-. Se agarra a la pared como un pulpo con sus tentáculos.

Y ante aquellas palabras impulsivas un recuerdo brotó en todas las mentes. Miller lanzó una exclamación ahogada al enfrentarlas con las ideas delirantes de un viejo ballenero que se hallaba en la antesala de la muerte: «Una masa gigantesca, muy negra, provista de numerosos tentáculos aunque no era un pulpo.»

-Ahora lo veo claro -dijo en voz alta-. Esto explica la desaparición del buque ballenero. ¡Un pulpo metálico con cinco tentáculos resbalando sobre unas guías!

-Creo que sí, teniente -confirmó el doctor Winkler que estaba pensando lo mismo-. Es la primera respuesta lógica el misterio de la Antártida; un cilindro semejante a éste salió del mar, de la misma forma que Bob Hunter lo vio salir del lago en Alaska. Posiblemente fueron esos brazos metálicos al plegarse sobre sí mismos quienes desgarraron las planchas del barco y

destrozaron la ballena.

-¿Y qué resolvemos con todo esto, teniente? -preguntó malhumorado Hewitt.

Miller estaba mirando hacia arriba, intentando distinguir la boca del pozo.

-Tuvo que salir por ahí -murmuraba-. Sin duda cada cilindro encierra su propia propulsión y hace poco hemos escuchado el rugir de sus motores. Propulsión nuclear si nos atenemos a los datos registrados por el «Geiger» del doctor. Eso explica su fantástica velocidad y el hecho de que nadie pudiera contemplarlos sino fugazmente.

Se volvió hacia el doctor Winkler diciéndole:

-Dijo usted que en ocasiones estos montes rebasan los 4.000 metros de altura, y yo afirmo que uno de esos picachos se abre para dar paso a los cilindros, aunque no me explico cómo nuestros aviones no han comunicado la existencia de esa abertura.

-Olvida usted que un avión que pudo hacerlo fue derribado -le contestó el doctor.

-Es cierto, pero también debe serlo que esa abertura existe posiblemente desde hace siglos.

Contemplando al cilindro que ahora se detenía ante ellos para abrir las negras fauces de sus bocas de carga añadió:

-Éstas son las aeronaves de esos seres. Los únicos objetos, al parecer, que consiguen abandonar este laberinto de piedra.

A una orden de su guardián comenzaron la descarga de las vagonetas y se pasaron los fragmentos de mineral a lo largo del puente sencillo para entregarlo en el interior del cilindro. Bruce Miller, sin embargo, intentó ahora una cosa que le resultó fallida. Lo hizo movido por una repentina idea, pero...

Cuando por vez primera se incorporó a la cuadrilla de descarga, Bob Hunter era el hombre más próximo al cilindro; le seguía su hija Helen y luego estaban Hewitt, Stevens y él mismo, seguido por Brean y el doctor. Ahora, al iniciarse el trabajo, quiso encabezar la fila, quedándose junto al cilindro para recibir los bloques de mineral; no hubo oposición entre los suyos, pero el ser de piel pálida que los custodiaba desenfundó inmediatamente la pistola y con una voz conminatoria le señaló el puesto que le correspondía en la fila mientras sus pupilas hendidas se achicaban para dejar unas ranuras verticales que el teniente conocía ya como símbolo de la cólera. Miller obedeció a su pesar, contrariado al verse privado de una ocasión para contemplar el interior de aquel cilindro, y todos continuaron el trabajo sin más descanso que los intervalos entre la partida del tren vacío y la llegada del siguiente, amén del tiempo empleado en consumir sus raciones alimenticias consistentes en unas porciones al parecer de carne en

conserva, de desconocido origen pero cuyo agradable sabor y el apetito desarrollado por el ejercicio transformaban en delicioso manjar.

-He buscado en vano la marca de un frigorífico de Chicago en la lata -decía Hewitt a este respecto- pero no puede negarse que su condimentación es buena.

-No sólo es eso, muchacho. -añadió el doctor Winkler- sino el trato benigno que nos dan estos seres.

-Cierto, doctor -repuso Miller a su vez- pero no soy yo de los que se resignan a trabajar en estas condiciones.

-¿Tiene algún proyecto, teniente? -preguntó Brean en voz baja durante la última comida.

-Es una idea un poco vaga que necesita tiempo para verse confirmada -contestó éste-. Tal vez cuando conozcamos más detalles acerca de estos tipos de piel pálida o sepamos el alcance de su fuerza. Es indudable que no han de permanecer todo el tiempo aquí y que su presencia en la Tierra obedezca a un plan premeditado. Entonces tal vez sea posible poner en práctica mi plan de fuga.

-¿No es usted demasiado optimista, Miller? -dijo el doctor.

-Posiblemente, aunque espero que no resulte así. Hablaré con Bob Hunter; él lleva aquí más tiempo que nosotros y debe haberse percatado de muchas cosas. Yo, por el momento, sólo aprecio un detalle interesante, y es que el cilindro, al detenerse, nos oculta a la vista de los demás seres que trabajan en las restantes galerías. Sólo un guardián armado y un puentecillo de veinte metros de largo nos separan del único medio de salir de aquí -terminó, mirando significativamente hacia el cilindro.

-Por vez primera ha dicho usted algo positivo, teniente -dijo Hewitt-. Creo saber a dónde quiere usted ir a parar, y desde este momento le ofrezco mi colaboración,-

-Si llega el caso voy a necesitarlos a todos, amigos... y hasta es posible que los mismos hombres de piel pálida hayan de echarnos una mano. Conservémonos fuertes y unidos y abramos bien los ojos. Les aseguro que el momento oportuno no será desaprovechado.

* * *

Llegó un momento en que perdieron la noción del tiempo. En aquel ambiente monótono, sin períodos que marcasen el paso de las horas o el tránsito del día a la noche, nadie fue capaz siquiera de calcular con aproximación las jornadas transcurridas desde su captura.

El trabajo era siempre el mismo; sus guardianes los empleaban solamente en la carga de los cilindros, como si temiesen que los terrestres pudieran impedir la extracción del mineral en sus recónditos yacimientos, y tan sólo notaron que después de completar la carga de seis cilindros

consecutivos aumentaba considerablemente el encerramiento a que los sometían hasta la llegada del primero de la nueva serie de otros seis.

-¿No le resulta extraño, doctor? -preguntaba Miller a este respecto.

-¿Y qué podría contestarle, teniente? Me resulta difícil imaginar un pozo que sea tan profundo como para contener a tantos cilindros. Si mal no recuerdo hemos cargado ya dieciocho, que a unos cinco metros de altura cada uno totalizan noventa metros, suponiendo que allá abajo formen un solo cuerpo. Bob Hunter nos ha dicho que, por su parte, ayudó a cargar unos doce más, con lo que tenemos ciento cincuenta metros de profundidad.

-No es mucho, doctor -terció Brean-. Hay pozos de mina que resultan bastante más profundos.

-Desde luego, muchacho; pero yo estoy dando una medida aproximada, porque cada serie de seis cilindros está enormemente distanciada de las otras. Aun pecando de exageración en mi intento de calcular el tiempo, creo que podría afirmar que transcurre una semana entre una serie y otra.

-¿En qué se apoyó para ese cálculo, doctor? -le preguntó Hewitt.

-En algo relativamente exacto, amigo. Conté pulsaciones desde la salida de un tren vacío hasta la llegada del siguiente, y resultó una pausa de tres horas aproximadas por cada siete horas de trabajo. En fin, -añadió- ya he dicho que el cálculo es aproximado.

-Sin embargo hay un dato exacto, doctor -aseguró Stevens-. Yo también conté mis pulsaciones para averiguar que la velocidad de subida de los cilindros por el pozo es de unos dos metros por minuto. En ese caso, si su medida del tiempo fuera cierta habríamos de conceder a ese pozo una profundidad superior a los veinte mil metros.

-¡Bobadas! -rezongó Hewitt nuevamente-. Seguro que ahora vas a decir que los cilindros entran por el Polo Norte para salir por la Antártida. ¿Crees que acabamos de caer de las nubes, meteorólogo?

Pero a Miller le brillaron los ojos al oír aquellas palabras, y señaló al telegrafista con su dedo al tiempo de hablar:

-¡Usted lo ha dicho, Hewitt! -Bueno... era una broma, teniente.

-Pero tal vez haya acertado sin saberlo. ¿No se les ha ocurrido pensar que son los cilindros quienes caen de las nubes... y en grupos de seis para ser más exactos?

-Pudiera ser, teniente -repuso el doctor Winkler sospesando la idea. Pudiera ser, sí, señor.

Bruce Míller se acercó entonces hasta donde Bob Hunter permanecía silencioso junto a su hija. La muchacha tuvo un gesto miedoso al divisarle y le contempló con sus ojos límpidos llenos de susto.

-¿Por qué no nos ayuda, Bob? -le preguntó-. Estamos intentando salir de aquí, pero necesitamos conocer más detalles acerca de estos tipos. ¿Qué

puede añadir usted que nosotros no sepamos?

El otro movió negativamente la cabeza antes de responder con voz inexpresiva:

-Una cosa hay que me interese solamente, Miller, y es mi hija. Otra vez les he pedido ayuda para que la hagan recobrar sus facultades, y si «ellos» lo consiguen llegaré incluso a bendecirlos.

-Usted está loco, Bob. Suponga que se niegan.

-Entonces todo habrá acabado para Helen y para mí. Lo demás no importa.

-Escúcheme, Bob -insistió Miller... pero se interrumpió para añadir bruscamente- ¡Demonio...! ¿Y con quién ha hablado para pedir esa ayuda? Hemos estado juntos todo el tiempo y...

-Con el hombre que recoge mi carga de mineral en el interior del cilindro.

-¿Llama usted hombre a eso? -preguntó Stevens.

-Querrás decir a esto, meteorólogo -añadió Brean, señalando hacia la puerta de su prisión.

Un ser de piel pálida se mantenía en el hueco abierto de la entrada, cubriendo al grupo con su pistola, y en el rostro de Bob Hunter se pintó la decepción cuando aquel ser señaló hacia Miller ordenándole acompañarlo. Bob se levantó rápidamente dirigiéndose hacia él, pero se vio rechazado con un fuerte marotazo que le hizo trastabillar.

-Ahí tiene la respuesta a su petición de ayuda, Bob -le dijo Miller al tiempo de salir, despidiéndose de todos con una mirada.

-Hasta mi regreso vaya pensando en lo que le dije.

En aquel hombre hubo un sollozo de desesperación; apenas Miller hubo salido se acercó al pequeño grupo diciendo apresuradamente:

-No sé si podrán estimar mi colaboración ni si seré de ayuda para lo que traman, pero estoy dispuesto a acompañarlos a donde vayan.

-Díganos lo que sepa, Bob -le animó el doctor Winkler.

-Un hombre me recoge el mineral dentro del cilindro. Apenas necesito dar unos pasos para entregárselo, pero sé dónde los deja. Mi puesto de trabajo es una estancia pequeña, enteramente metálica. A mi izquierda, apoyada en la pared, hay una escalerilla vertical que termina en una escotilla circular del techo, siempre cerrada. Una vez, en plena tarea de carga, uno de esos hombres salió por la escotilla y descendió hasta donde yo estaba; oí entonces ruido de motores y pude ver un resplandor rojizo, igual al que producen estos focos, antes de que la trampa metálica volviera a cerrarse. Ante mí hay una especie de puerta ovalada, abierta en una gruesa pared de hierro; por ella entró ese hombre después de empujarme y habló brevemente con el que había adentro. Recuerdo que la carga estaba casi completa, y que los bloques de mineral se amontonaban

ordenadamente en el espacio central del cilindro. Cuando terminamos el trabajo vi salir a todos los cargadores excepto a dos, el que me recibía el mineral y el que bajó por la escotilla.

-¿Está seguro de que sólo se quedaron dos?

-Seguro, en aquella ocasión. Desde mi sitio puedo ver las otras tres aberturas de carga del cilindro; salieron todos excepto aquellos dos. Y añadiré una cosa: estos seres son aparentemente iguales, pero a semejanza con nosotros tienen facciones propias y rasgos característicos que los distinguen. Sin embargo, los que se quedan a bordo de los cilindros no regresan más. Los cargadores son siempre los mismos; los conozco a todos, y hasta sé que uno de ellos se llama Neko. A los otros no he vuelto a verlos.

-¿Ha podido ver algún instrumento a bordo, Bob? -volvió a preguntar el doctor-. Algún aparato, algo extraño que le haya llamado la atención, en fin.

-No, doctor Winkler, pero junto al marco de la puerta del espacio de carga hay una cajita con dos lucecillas; mientras cargamos, una de ellas parpadea continuamente con unos destellos azulados. La otra, apagada, se enciende con un color verde cuando la carga está completa. Entonces se oye un zumbido, como el de un timbre que suene sordamente, y nos hacen desalojar el cilindro. Es todo cuanto sé, doctor -terminó.

-Y en cuanto al origen de estos seres y su presencia en la Tierra, ¿qué ha podido averiguar?

-Nada en absoluto. Son altivos, orgullosos y de pocas palabras. No parecen inclinados a la violencia con nosotros, ni tampoco la presencia de mi hija Helen despertó su curiosidad. Solamente les he oído pronunciar la palabra «Korba» para referirse al sitio donde estamos. De su idioma he sido incapaz de aprender nada; ellos, sin embargo, aprendieron de mí el suficiente inglés para preguntar y comprender.

-Bueno, amigo Bob -añadió Joe Brean-. ¿Y sabe usted para qué necesitarán ahora al teniente Miller?

-Lo ignoro; también yo fui conducido a presencia del que parecía ser el jefe de aquí. Me interrogó detenidamente y quiso saber por qué no hablaba mi hija. Después me pusieron nuevamente a cargar mineral en los cilindros.

-Miller tiene buenos puños -dijo Hewitt-. A lo mejor vuelve acá con la cabeza de uno de esos tipos.

-Esperémoslo así, muchacho -sonrió el doctor- pero lo más interesante es saber que casi probablemente sólo encontraremos dos de esos tipos dentro del cilindro.

CAPÍTULO VIII
LA INTENTONA

Otro de aquellos seres de piel pálida esperaba fuera, y sin que mediara ninguna orden encabezó la marcha seguido de cerca por Bruce Miller, a quien empujaba la presión del arma contra su espalda. Recorrieron a la inversa la galería por donde llegaban los trenes de mineral hasta el pozo, y doscientos metros más lejos torcieron a la izquierda por un túnel transversal en cuyo extremo más profundo se abría un hueco, a modo de chimenea, que trepaba hacia la altura a través de las rocas.

Una pequeña plataforma con barandillas, que a Miller le pareció un cesto con su correspondiente asa, se apoyaba sobre dos guías metálicas, y comenzó a subir tan pronto como el trío estuvo sobre ella. Maravillado a su pesar, el teniente se preguntaba de qué se habrían valido para conseguir una perforación tan limpia; el tubo tenía unos dos metros de diámetro, y durante la lenta ascensión, con la plataforma fuertemente iluminada por una de aquellas lámparas de fulgor rojizo, podían contemplarse unas paredes perfectamente lisas, perforadas a trechos por aberturas que daban paso a distintos corredores estrechos.

Miller calculaba que habrían subido hasta la altura de un tercer piso cuando la plataforma se detuvo ante una de aquellas aberturas; fue empujado en la nueva dirección, pero no obstante la sorpresa y la curiosidad que sentía había conservado su sentido de la orientación, y se dio cuenta de que avanzaban ahora por una galería que se abría en el mismo sentido que el túnel inferior de carga que ya conocía.

-Por fuerza esto debe ir a desembocar sobre el pozo -murmuró.

No había raíles en aquel pasillo, pero corroborando su afirmación escuchó entonces el acostumbrado latir de motores que anunciaba la presencia de cada cilindro. Le produjo sorpresa oírlo; por vez primera no estaba esperándole en la boca de carga, pero su asombro subió de punto cuando alcanzó a ver, por encima del hombro de su predecesor, un negro cilindro... ¡BAJANDO POR EL POZO!

-De modo que era eso -rezongó satisfecho-. Hewitt tuvo razón cuando dijo que caían de las nubes.

Se hizo de nuevo el silencio al desaparecer el cilindro, y el teniente y sus guardianes torcieron por un pasillo amplio y espacioso, con profusión de puertas en sus paredes, hasta detenerse ante una de ellas, metálica y de bruñidos reflejos, que se abrió hacia adentro para darles paso. Miller vio entonces los primeros muebles en aquella habitación, sencillos y cómodos, construidos con alguna materia plástica según pudo comprobar cuando le hicieron sentarse en un confortable sillón. Frente a él, y tan rápidamente aparecido que el joven llegó a dudar de que antes estuviera, un hombre

uniformado le contemplaba desde detrás de una brillante mesa. Lo tenía a corta distancia, a unos cuatro metros, y lo reconoció como al ser que le interrogó por vez primera tras su despertar en aquella desconcertante sala de operaciones. Su voz resonó atronadora en la reducida estancia, con inflexiones secas y carentes de emoción:

-No necesitar hablar ya, hombre de Bomosen -dijo en su espantoso inglés-. Tiempo haber pasado, pero saber sin preguntar.

Miller se sentía poseído por una extraña calma, por la misma sensación que le llevaba a emplear un matiz de burla en sus respuestas, y habló a su vez siguiendo su propio plan:

-Una vez me dijiste que Korba es el sitio en que me encuentro. Dime ahora quién es Bomosen para que podamos entendemos.

-Bomosen es hermoso mundo que tú habitas.

-Nosotros lo llamamos Tierra, porque resulta más fácil de recordar. Y en cuanto a lo de hermoso estás en un error, porque nosotros mismos hemos matado su hermosura convirtiendo la vida en un temeroso infierno.

-Yo llamarte -prosiguió el otro-. Hombres de Bomosen buscar a ti y los tuyos. Mirar ahora.

Sobre la pulimentada superficie de la mesa no había sino lo que parecía un dictáfono corriente, pero cuando aquel hombre pulsó uno de sus botones se iluminó por encima de él una pantalla apoyada tal vez sobre la pétrea pared, y en su recuadro se marcó la conocida silueta de un avión de reconocimiento fotográfico. El ruido de sus motores llegaba hasta Miller mientras sobrevolaba los nevados picachos de los montes, tenazmente enfocado por la recóndita cámara que, en color y relieve, llevaba su imagen hasta aquella cueva.

-Hombres de Bomosen estar hablando. Todavía oírlos.

Pulsó un nuevo botón y hasta los oídos de Miller llegó una mágica música:

-«... cero-tres-uno, llamando a McMurdo... Noveno vuelo de reconocimiento sobre el glaciar Beardmore, efectuado el 26 de mayo de 1960. Resultado previsto. Repito: resultado previsto. Corto.»

Bruce Miller había quedado como sujeto a su asiento por la sorpresa; escuchar aquel mensaje, presenciar casi al hombre que lo emitía, era algo que nunca imaginó ni podía comprender ahora. Pero el anuncio de fin de emisión le despertó de su letargo aparente y el teniente pensó tan solo que los suyos estaban allí, a su alcance y dentro del radio de su voz. Era necesario advertirlos, y sobre la mesa había un receptor-transmisor. No le sujetaba nadie; ninguno parecía prestarle la menor atención... Y se irguió rápido abalanzándose de un salto contra la mesa.

Pero recibió tan tremendo golpe en la cara que salió rebotando hacia atrás, lagrimeando de dolor, sangrando por la nariz y manoseando aturdido

antes de caer sentado en el suelo. Captó una expresión burlona en los rostros de aquellos seres y en el del jefe que le habló desde la mesa... y entonces se dio cuenta Miller de que había chocado contra la pared, de que no existían ni la mesa ni el ser que le habló desde ella. Había sido interrogado a distancia mediante una pantalla de televisión, al parecer, sin que fuese capaz de notarlo. La proyección había sido tan perfecta que creó una ilusión de realidad incluso a tan corta distancia. Relieve, color, tono de voz... hasta la imagen del avión y el mensaje de sus tripulantes, todo había llegado hasta él desde algún ignorado lugar que, evidentemente, era el puesto central de mando de la tierra de Korba. Desde allí habían captado sus respuestas y asistieron también a su inútil esfuerzo por pedir socorro.

-Saber que tú llegar a Korba sin proponerlo -continuó la voz mientras Miller se levantaba despacio-. No haber riesgo de venir más gente y amigos tuyos no encontrar nunca. Vosotros quedar ya poco tiempo en Korba también.

Fue aquello el final de la entrevista; la imagen desapareció quedando tan sólo la pared lisa, y momentos más tarde Bruce Miller recorría a la inversa el mismo camino, atónito aún por lo que había presenciado y murmurando la fecha que acababa de escuchar. Fueron sus primeras palabras al reunirse con sus compañeros:

-26 de mayo de 1960. Si lo que acabo de escuchar es cierto, llevamos en Korba 38 días.

* * *

Si grande fue la impresión que las palabras de Miller crearon a sus compañeros, no fue menos la experimentada por él escuchando las informaciones de Bob Hunter, que las repetía por tercera vez.

-¿Está seguro de que sólo hay dos de esos tipos a bordo? -preguntó al final.

-Nunca he visto más de dos en el último momento, teniente.

-Entonces tenemos muchas ventajas a nuestro lado, amigos -tornó a decir el joven-. Vamos a perfilar el plan de fuga; que todos expongan sus ideas y sus sugerencias. Necesitamos conocer hasta el último detalle.

Pero Bruce Miller, sin proponérselo, estaba pidiendo algo difícil de conseguir en aquellos momentos, porque carecía de la necesaria libertad de acción que era el elemento más valioso de su pobre arsenal de proyectos. De esta forma les resultaba imposible seguir siquiera con la imaginación el vertiginoso ascenso de los cilindros a lo largo de las guías clavadas en el pozo, ni adivinar tampoco su ulterior destino. Porque lo que el teniente pedía se iniciaba con las llamaradas rojo-azuladas que se escapaban por los orificios de la base cóncava de los cilindros y con el silbido creciente de los motores generando energía, cuyo estruendo terrible amplificaban los ecos

del pozo.

Sin que ningún terrestre nunca hubiese llegado a contemplarla entonces, la nave ascendía con aceleración creciente apoyada en sus cinco brazos metálicos y cobraba impulso durante el recorrido, para embestir con el ímpetu de una bala de cañón contra la corteza de hielo que cubría la cima de la montaña y lanzarse hacia la altura con fulmínea propulsión. Dos de aquellos seres de piel pálida -y en esto acertaba Bob Hunter- ocupaban la diminuta cabina de pilotaje del cilindro, emplazada en el centro de la bóveda, aunque el automatismo de los mandos apenas si hacía necesaria su presencia. Una serie de ingeniosos mecanismos iba entrando en acción apenas iniciada la marcha: un trazador de rumbos calculaba la ruta y luego hacía las correcciones necesarias; un transmisor de radio emitía una señal clave; un piloto automático bloqueaba los mandos de forma que la trayectoria del cilindro no pudiese ser alterada... y un servomotor mantenía rígidos los cinco brazos metálicos cuando el efecto de la velocidad los doblaba hacia abajo.

Se apreciaba la marcación continua del altímetro, el funcionamiento del regulador automático de los inyectores de combustible y la entrada en acción de lo que el teniente Miller llamaría un «controller», que a partir de los 8.000 metros de altura transformaba las ondas y los reflejos lumínicos en vibraciones de corta frecuencia que convertían a cada cilindro en un algo «transparente» al radar y a los instrumentos ópticos, asegurando a los dos tripulantes que ninguna estación «enemiga» sería capaz de detectarlos ni de seguir su ruta.

Cien kilómetros... doscientos... quinientos... mil... dos mil quinientos kilómetros de altura eran necesarios para que se captase desde el cilindro la señal-guía, consistente en una especie de trino seguido de una sucesión de puntos, y a quinientos kilómetros más arriba se efectuaba el encuentro con la gigantesca aeronave que se mantenía en una órbita fija esperando a los cilindros. La extraña nave era también otro cilindro de enormes proporciones, rematado en su parte superior por una semiesfera; tres aletas directrices nacían a los costados de la amplia boca circular abierta en su base, y entre la abertura y las aletas se marcaban los orificios de escape de los motores formando un anillo negro.

El cilindro procedente de la Tierra se introducía por la abertura de la base, atraído por control remoto y después de frenar su propio avance; los brazos metálicos se elevaban de nuevo para apoyarse en las paredes internas de su nodriza, y el impulso ascensional terminaba con un blando choque contra la concavidad superior en donde se encajaba su bóveda; unas grapas aseguraban los extremos de los brazos... y la operación se repetía con cada cilindro cargado que llegaba, de forma que todos ellos y la nave formaban un solo cuerpo. El sexto cilindro cerraba la boca de entrada, y

entre todos ellos había una intercomunicación consistente en un tubo central, con puertas accesibles y dobles escotillas, que conectaba la cabina del sexto cilindro con la semiesfera de la aeronave después de atravesar los cinco restantes.

Sólo entonces se aceleraban los motores del gigantesco transporte, que abandonaba su órbita para adentrarse en el espacio después de cambiar una señal de identificación con el puesto de mando de Korba y con la siguiente aeronave que venía a ocupar su sitio, escupiendo sus cilindros vacíos en dirección a la Tierra. El destino final de aquellas naves no hacía al caso, y bastaba saber que navegaban hacia un planeta llamado Syrtis; los terrestres jamás llegarían a averiguarlo, de la misma forma que jamás sabrían para qué necesitaban la pechblenda que estaban sacando de las entrañas de la Antártida.

Bruce Miller y sus compañeros no pensaban actualmente en cosa que no fuese la huida a cualquier precio... y hasta la misma Helen Hunter, con su inveterado mutismo y su expresión extraña, parecía comprender lo que todos estaban intentando conseguir.

-Creo que esto último será lo mejor, Bob -estaba diciendo el doctor Winkler-. A usted le conocen más tiempo, y hasta puede decirse que le tienen concedida cierta misión de confianza al dejarle dentro del cilindro. Lo que usted haga no despertará sospechas en principio, y facilitará mucho nuestra tarea.

-De todas formas estaré a su lado, Bob -dijo Hewitt- y le aseguro que tengo ganas de comprobar si esa piel pálida resiste un buen directo.

-Desde luego habrá de ser en el último momento -recalcó Miller- aunque no tanto que sea demasiado tarde.

-Descuide usted, teniente -aseguró el viejo-. Sabré elegir el mejor.

-Lo que más me preocupa es esa pistola -añadió el doctor- precisamente porque desconocemos lo que ocurre al dispararla.

-Le aseguro que si me veo obligado a dispararla dentro del cilindro no lo pensaré dos veces, doctor -aseguró Brean.

-Entonces, y puesto que cada uno sabe lo que ha de hacer, sólo nos queda esperar -cerró el teniente.

Y nunca como desde su llegada a Korba se les hizo tan largo el tiempo que faltaba para reanudar la habitual tarea de carga en la boca del pozo. Pero llegó también aquel momento, y fueron conducidos por el centinela armado a través de los pasillos, escuchando el ya conocido latir de motores y asistiendo a la exacta llegada del cilindro que subía desde el fondo del pozo. Como de costumbre, fue Bob Hunter quien dirigió la maniobra de colocar el puentecillo metálico... y la escrutadora mirada del centinela advirtió que los hombres se colocaban en el orden establecido. El primer tren de vagonetas se deslizó por el túnel y comenzó la carga de los bloques

de mineral con un ritmo que el nerviosismo del grupo aceleraba inconscientemente. Los trenes se fueron sucediendo entre breves ratos de descanso, comieron casi a la fuerza sus raciones para no despertar sospechas... Y por fin Bob Hunter se abotonó la chaqueta de piel que hasta entonces llevara suelta. Era la señal convenida para indicar que el siguiente tren sería el último y que la acción iba a comenzar.

Las pupilas del centinela se achicaron en dos ranuras verticales cuando vio aparecer a Bob Hunter que abandonaba su puesto en la cabeza de la fila. El viejo se agarró a la baranda del puentecillo suspendido sobre el abismo y luego se llevó las manos a la garganta como si le faltase el aire para respirar. Dio unos pasos tambaleantes ante la mirada temerosa de su hija y pasó junto a Hewitt, que dejó sobre la plancha el bloque de mineral.

-¿Qué le ocurre, viejo? -preguntó.

Unos balbuceos entrecortados se escaparon de los labios de Bob, que seguía retrocediendo sobre el puentecillo. El trasbordo se detuvo y los terrestres acudieron en auxilio del viejo cuando una especie de vahído estuvo a punto de precipitarlo al abismo.

Una voz colérica los llamó al orden. El centinela había desenfundado la pistola y cubría al grupo con el cañón del arma. Bob Hunter había caído al suelo y Hewitt y Miller trataban de hacerlo levantar inútilmente.

-¡Vamos, Bob! -dijo el teniente-. ¿Qué le pasa?

Un ser de piel pálida apareció ante la boca de carga del cilindro y habló a su compañero señalando a los terrestres. Iba desarmado, y al parecer apremiaba para terminar el trabajo. Se notaba ya una aceleración en los motores del cilindro... parecía cuestión de segundos el tiempo que tardaría en cerrar sus aberturas y emprender la ascensión.

Tal vez fue aquella orden lo que hizo moverse al centinela, que avanzó unos pasos hasta acercarse al caído. Hewitt y Miller se alzaron respetuosamente, pero sus pupilas se dilataron de espanto cuando el dedo accionó el botón y un tenue silbido se escapó del arma mientras su cañón inferior tomaba una coloración anaranjada. Las palabras sonaron ásperas en la boca del centinela, pero por encima de todo estalló la orden de Bruce Miller.

-¡Ahora, Hewitt...!

El telegrafista saltó hacia adelante como impulsado por una ballesta; salvó en dos zancadas el puentecillo, empujando al pasar a Helen, y embistió con la cabeza baja contra el hombre que, sorprendido, cubría la abertura de carga del cilindro. El impacto fue terrible, y ambos rodaron en apretado montón dentro de la nave a punto de marcha. Al mismo tiempo Joe Brean, que con el avance del centinela había quedado junto a él, enarbolaba el bloque de pechblenda que no había soltado y lo dejaba caer sobre la cabeza de aquel ser de piel pálida a quien Miller había retorcido ya

hacia arriba el brazo armado. Sonó un macabro chasquido, pero el geólogo repitió el golpe con una exclamación de rabia.

-¡Todos arriba! -bramó Miller, empuñando asustado la extraña pistola-. ¡Arriba... de prisa!

Bob Hunter se alzó con una viva ligereza y galopó sobre el puentecillo.

-¡Corre, Helen... corre! -gritó agarrando a su hija.

La muchacha había contemplado la escena con ojos desorbitados por el espanto, y las palabras de su padre le arrancaron un grito estremecedor -el primero que los terrestres escuchaban- mientras se aferraba a la barandilla del puente negándose a obedecer. Stevens y Brean, este último con el bloque de pechblenda empuñado aún, habían cruzado ya; el doctor Winkler atisbaba asustado hacia el fondo de la galería... Y Miller hubo de resolver la situación golpeando con fuerza la mandíbula de Helen Hunter, que se dobló desmadejada en los brazos de su padre.

El tremor de motores se hizo más intenso, y un grito de Stevens les hizo apresurarse más aún.

-¡Deprisa...! ¡Las puertas se están cerrando...!

Miller cruzó el umbral y tropezó en un cuerpo caído. Detrás de él penetró el doctor Winkler, empujado por potente fuerza, y lanzando un grito de angustia. Un silbido agudo llegaba desde el túnel y una sutil línea roja estaba apoyada en la espalda del doctor dando la sensación de una flecha de longitud desmesurada. La boca de carga se cerró en aquellos momentos, interrumpiendo la trayectoria del rayo rojo, y todos experimentaron la sensación de estar metidos en un ascensor expreso hasta que una aceleración final los derribó, aplastándolos contra el suelo del cilindro, aprisionándolos con su potente impulso, gravitando sobre ellos con su fuerza incontenible.

Instantes más tarde el cilindro rompía la costra de hielo e iniciaba su viaje hacia la altura llevando a bordo los cuerpos desvanecidos de los fugitivos.

CAPÍTULO IX
DOS HORAS DE AGONÍA

Por segunda vez en poco tiempo Bruce Miller se sintió volver a la vida. Abrió los ojos con la sensación de que algo le taladraba las sienes; le dolía todo el cuerpo y sentía unos terribles zumbidos en la cabeza, pero sobre todo aquello llegaba hasta él un chillido penetrante de mujer aterrorizada que le hizo reaccionar y alzarse presto para acudir en su auxilio.

-¡Santo Dios! -exclamó.

Helen Hunter estaba sentada en el suelo, apoyada la espalda contra la pared y con el dedo extendido señalando hacia algo que había en el centro de la plataforma junto al cuerpo sin vida de un ser de piel pálida. Gritaba mientras sus ojos dilatados por el espanto se posaban sobre unas ropas, unas botas de fieltro y una capucha orillada de piel de foca.

-¡Doctor Winkler! -llamó Miller mientras la muchacha lanzaba otro chillido histérico.

Stevens fue el primero en acercarse. Eran efectivamente las ropas que vistiera el doctor... pero no había nada dentro de ellas y Miller frunció el ceño al mirar en torno suyo como buscándolo. Imaginó tal vez que algo ocurrió mientras todos estuvieron sin sentido; pero entonces recordó aquella línea roja que parecía como clavada en la espalda del viejo geofísico y se inclinó para tomar la pistola que continuaba en el suelo.

Con ella empuñada recorrió la estancia. Junto a las paredes, entre el espacio que dejaban las cuatro aberturas de carga, ahora cerradas, había cuatro filas de bandejas metálicas repletas de mineral. Una gruesa columna se elevaba en el centro de la plataforma, uniendo el suelo con el techo, y la escotilla que Bob Hunter mencionara en su explicación continuaba cerrada herméticamente.

-No está en ningún sitio, teniente -dijo Brean.

Hewitt se permitió afirmar que el viejo geofísico les estaba gastando una broma pesada, pero Miller le interrumpió:

-Creo comprender lo que ha pasado -murmuró.

Se inclinó para examinar la ropa. Las perneras del pantalón estaban sujetas a las botas y al desprender el calzado pudieron ver los calcetines cuidadosamente encajados en él. Luego abrió la «parka» de piel; dentro estaba el grueso chaleco de lana, la camisa y la camiseta interior, con las mangas perfectamente metidas unas dentro de las otras, sin ningún rebujo ni arruga, y el flojo ceñidor lo sujetaba todo por la cintura. Era como si el cuerpo de! doctor se hubiese escapado de entre la ropa sin alterar el orden de colocación de las prendas... ¡y sin necesitar siquiera desabrocharlas!

-Vean esto -dijo.

En la escotadura del cuello y en las bocamangas ajustadas de la «parka»

había una delgada capa de hielo, azulado y quebradizo, que se licuó al tocarlo.

-Tal vez la muchacha lo vio -añadió Miller con voz ronca-. Fue el disparo de una pistola semejante a ésta. El doctor Winkler está ahora aquí, disuelto posiblemente en la atmósfera que respiramos.

Pero nadie tuvo tiempo de pensar en lo que aquellas palabras suponían. Arthur Hewitt los hizo retroceder con un grito de aviso.

-¡Atención, teniente!

La escotilla del techo se estaba abriendo lentamente y por su creciente abertura se escapaba un fulgor rojizo que aumentaba la iluminación de la cámara. Un ser de piel pálida apareció allá arriba, mirándolos entre curioso y asustado, y les hizo señas para que subieran después de mostrarles sus manos vacías y su cinturón sin armas.

-Puede ser una trampa -murmuró el telegrafista.

-Posiblemente lo es -añadió Stevens.

-Casi seguramente, muchacho -admitió Miller- sin embargo, hemos de subir. No sabemos a dónde nos está conduciendo este cilindro, y por el momento sólo hemos cambiado de prisión. Necesitamos adueñarnos de los mandos o habremos perdido toda esperanza de regresar a la Tierra. Vamos; hay que hacer frente a estos tipos y demostrarles que ahora tenemos nosotros la fuerza.

Sin soltar la pistola se colocó debajo de la escotilla, junto a la escalera, y con un significativo gesto de la mano y el arma indicó a aquel hombre que bajara. No hubo necesidad de repetir la orden, y con una humildad que contrastaba notablemente con la severidad que los terrestres recordaban durante su estancia en Korba, aquel ser se deslizó por los peldaños hasta abajo.

-Y ahora, arriba otra vez, amigo -tronó Miller, apoyando en su espalda el cañón del arma-. Si vamos a encontrar una traición no vivirás lo bastante para contarlo.

Cubierto en todo momento por el otro, Miller trepó tras él sin que nada desagradable ocurriera. Los demás subieron detrás, y después de cruzar un pequeño espacio atiborrado de mineral desembocaron en una cabina circular cubierta por una claraboya de gruesos cristales a través de los cuales podía verse el cielo negro tachonado por los puntos brillantes de las estrellas. Nadie sino ellos mismos había en ella, y por ninguna parte apareció la traición que estaban temiendo.

-Demasiadas facilidades -murmuró Stevens, agarrando una corta barra de hierro que halló al paso.

El habitante del cilindro se detuvo frente a un panel de instrumentos y llamó la atención de Miller sobre una pantalla de vidrio deslustrado sobre la cual se encendía intermitentemente una luz amarilla. Accionó un

interruptor antes de que nadie pudiera evitarlo, y en la pantalla apareció el conocido rostro del hombre que allá en Korba interrogara al teniente.

-Al menos esta vez no habrá trucos -dijo Miller.

-Recibir pronto castigo... -escucharon-. Ir a Syrtis todos...

-No tan de prisa, amigo -se burló Hewitt-. Por pronto todavía estamos aquí.

Durante largo rato se escuchó aquella voz, con inglés entrecortado y rudimentario, pero sus palabras cayeron como una losa de plomo sobre las esperanzas de los fugitivos. Habló de una aeronave que los estaba aguardando en un lugar determinado del espacio; de una trayectoria calculada que no podía alterarse y de unos mandos bloqueados que no obedecerían a ninguna orden que tratase de alterar su ruta. Los terrestres no habían sino anticipado su castigo; un soldado había sido muerto en Korba y había que pagar por su vida.

Nervioso y enfurecido a la vez, Miller cerró el conmutador. La luz amarilla continuó parpadeando durante algún rato, como síntoma de la furia de aquel ser que intentaba vanamente comunicar con el cilindro, y Brean, más tranquilo, comentó:

-Le ha dejado usted con la palabra en la boca, teniente.

Miller se volvió hacia ellos con la decisión reflejada en el rostro.

-Todavía no está perdida la esperanza amigos -dijo-. Hemos de encontrar el mecanismo que bloquea los mandos... y estropearlo. Han escuchado lo que ese tipo ha dicho respecto a un indicador de altura...

-Será esto, que parece un termómetro -advirtió Brean-. Dijo que cuando llegara a la octava marca habríamos llegado al fin de nuestro viaje, pero estamos todavía en la segunda.

-Bien. Uno se encargará de vigilar a este hombre, y lo convertirá en aire si es preciso al igual que ellos hicieron con el doctor Winkler.

-Ese seré yo -repuso Bob Hunter-. Déme la pistola, teniente.

Helen se arrimó a él, y el viejo la tranquilizó acariciándole los cabellos.

-No tengas miedo, hija. Todavía no nos han vencido.

Miller estaba celebrando un consejillo con sus hombres y señalaba a la vez hacia diversos puntos de la cabina.

-Usted, Hewitt, encárguese de localizar todo cuanto se parezca a un transmisor. Brean y Stevens irán inspeccionando el tablero de mandos y yo buscaré entre las conexiones de la cámara de motores que debe estar abajo. De paso échenle una mano a Hunter en su vigilancia; todavía no acabo de fiarme de la pasividad de ese tipo.

Todos pusieron manos a la obra, y durante un tiempo que no pudieron precisar estuvieron entregados a una búsqueda afanosa. Juntos de nuevo en la cabina, y tras un resultado negativo, comprobaron que el «termómetro», como lo bautizara Brean, había subido dos marcas mas.

-No lo entiendo -murmuraba Miller-. Los principios de la electricidad y la electrónica son inmutables, y contaba con ello para anular el radiocontrol.

-He movido todos los interruptores y palancas del tablero de mandos -añadió Stevens- pero no he notado el menor efecto.

-Hay por lo menos tres transmisores a bordo, pero cada vez que los he conectado he visto la cara rabiosa del mandamás de Korba. ¡Todavía estaba hablando!

Aquello dio a Miller una idea, e inmediatamente la puso en práctica. Accionó el interruptor de la pantalla y habló a la imagen que aparecía en ella:

-Uno de tus hombres está con nosotros. Pagará por todos si no das orden de interrumpir el radiocontrol.

-Tener miedo, hombre de Bomosen -contestó despectivo el otro mientras el rostro de Miller se empurpuraba de rabia-. Hombre de Syrtis morir tal vez... pero no solucionar nada. El tener órdenes mías. No hacer nada y vosotros ir a Syrtis... Recibir allí el castigo.

-¡Ciérrele el pico de una vez, teniente! -bramó Stevens-. ¡Ya estoy cansado de ver esa cara estúpida!

El joven cerró la transmisión.

-Vamos a probar otra vez -dijo, echando una ojeada al indicador que había subido casi media marca.

La nueva inspección fue más minuciosa si cabe que la anterior. Hewitt seccionó unos cables que salían de la caja metálica colocada sobre el cuadro de mandos, pero sólo consiguió obtener un chisporroteo que se extinguió al instante. Stevens tampoco fue más afortunado cuando, llevado por la excitación nerviosa, destrozó a golpes de barra una sección del panel principal. Todos hubieran deseado sentir desplomarse el cilindro en peso, aunque tal cosa no representase sino la muerte cierta de cuantos iban en él, y Miller, con la frente bañada en sudor, se acercó hasta donde Bob Hunter apuntaba fieramente con la pistola al prisionero.

-El termómetro señala ahora seis marcas y media -dijo-. Me repugna hacer esto, pero no queda otra solución.

Apartó al vicio para encararse con el cautivo y habló con voz reconcentrado por la cólera:

-Vas a obedecer, amiguito. Maldito si me importa que desconozcas nuestra lengua, pero me haré entender aunque tenga que destrozarte la cara a golpes. Quita el radiocontrol, ¿comprendes?

La única respuesta fue un achicarse de las pupilas verticales de aquel hombre que se mantenía erguido, con la espalda apoyada contra la pared de la cabina.

-Queda poco tiempo -continuó Miller, tomando la pistola de las manos

de Hunter- y supongo que sabrás lo que es esto. Sé manejarlo; sólo necesito apretar este botón para convertirte en humo.

-Déjemelo a mí, teniente -barbotó Hewitt-. Tengo ganas de zurrarle a un tipo de éstos.

Con sus manos recias agarró al cautivo por las hombreras del traje, pero aquél se resistió desesperadamente, apretando los labios y esforzándose en no abandonar su sitio. Dos sonoros golpes hicieron balancear desmadejadamente su cabeza, y Hewitt arremetió contra el empujando a Miller que intentaba apartarlo.

-Ahora verás, puerco del demonio.

El otro levantó la rodilla incrustándola en el estómago del telegrafista, que salió rebotando hacia atrás, y volvió a pegarse a la pared con una expresión hermética en su rostro blanquecino.

-¿A mí...? ¿Hacerme esto a mí? -rugió Hewitt tornando a la carga.

-¡Quieto! -ordenó el teniente-. Déjelo, Hewitt.

-No hay tiempo, teniente -gritó Stevens-. ¡Hemos llegado a la séptima marca!

-Quiero saber por qué se obstina ese hombre en permanecer pegado a la pared -dijo Miller serenamente-. Es el único sitio de la cabina que no hemos mirado.

Un destello salvaje brilló en los ojos de Stevens al comprender lo que Miller estaba diciendo, y con un grito de rabia se abalanzó contra el cautivo, agarrándolo con fuerza y pugnando por apartarlo de la pared.

Hewitt unió sus esfuerzos a los del meteorólogo, y el ser de piel pálida se vio perdido. Reaccionó entonces de un modo imprevisto y lanzando una voz gutural se abalanzó sobre Miller intentando arrebatarle la pistola. El teniente sintió sobre su mano la presión de unos dedos de acero y el arma saltó de los suyos para pasar a poder del hombre de Syrtis, que gritó triunfalmente.

-¡Cuidado, teniente!

El aviso de Bob Hunter llegó cuando Miller sujetaba ya el brazo armado, tironeando de él hacia arriba y hacia abajo. Los demás se abalanzaron contra el cautivo... y entonces se escapó un silbido del arma haciendo brotar un dardo rojo, delgado y penetrante, que rebotó sobre la pared frontera en un quiebro fugaz antes de clavarse en el pecho de Bob Hunter. Al grito de agonía del viejo y al alarido de Helen respondió un golpe sordo. Stevens, con expresión demente, se incorporó enarbolando la corta barra de hierro que utilizó para abatir al hombre de Syrtis, y después sólo se escuchó una especie de suspiro ahogado.

-¡Bob! -exclamó Hewitt, inclinándose sobre el viejo-. ¡Diga algo...! ¡Diga algo, Bob!

Helen estaba arrodillada junto a su padre, con los ojos muy abiertos y

las lágrimas cayendo sobre las mejillas. Arthur sujetó entre sus brazos el cuerpo del viejo... y todos vieron cómo su piel tomaba un color ceniciento que poco después se convertía en blanquecino. Miller creyó escuchar una especie de chisporroteo... y luego ya no se vio nada más.

La muchacha se levantó despacio, y Miller se acercó a ella.

-¡Ha muerto...! ¡Papá ha muerto...!

Eran las primeras palabras que todos le oían pronunciar. Parecía como si el horrible espectáculo que acababa de presenciar hubiese roto el dique formado en tomo a su mente, haciéndole recobrar sus facultades. Sollozando desgarradamente se refugió en los brazos de Miller que, inconscientemente, repitió el gesto familiar de Bob Hunter al acariciarle los cabellos.

-Ha muerto, Helen -contestó- pero si Dios no lo remedia todos nosotros seguiremos su misma suerte dentro de poco. Cálmese, Helen; ya no podemos hacer nada por él.

Arthur Hewitt estaba mortalmente pálido cuando se levantó sosteniendo el traje vacío, y avanzó unos pasos para dejarlo caer sobre el cuerpo sin vida del prisionero que yacía boca abajo sobre el suelo.

-Ocho marcas, teniente -anunció Stevens con voz temblorosa-. Es el fin de nuestro viaje.

-Y ahí vienen a recogernos -murmuró Brean señalando hacia el cielo a través de la claraboya.

Un trazo rosáceo se aproximaba hacia ellos y casi al mismo tiempo pudieron ver la aeronave de Syrtis, un enorme cilindro rematado en su cabeza por una semiesfera brillante.

-Tal vez podamos salvarnos aún -dijo Brean-. Aquí está lo que este, hombre ocultaba.

Sobre la pared, en el sitio que habilidosamente eligió el cautivo para apoyarse, había una plaquita con cuatro botones y un juego de luces. Brean empujó frenéticamente los pulsadores, de uno en uno primero, todos a la vez luego, por parejas alternadas, contiguos... Cada vez las luces guiñaban ante su rostro con un parpadeo de burla, hasta que a sus espaldas sonó la voz de Bruce Miller.

-¡Se aleja...! ¡La astronave se aleja...!

Ocurrió cuando Brean apreció un pulsador y luego dos más. La luz rojiza de la cabina disminuyó su intensidad paulatinamente hasta extinguirse por completo. Todos sintieron una sensación de frío mientras las paredes, el suelo y el techo de la cabina tomaban una coloración blanquecina y brillante, y allá arriba se fue perdiendo de vista el trazo rosáceo que anunció la presencia en el espacio de los hombres de Syrtis.

-¡El termómetro está bajando! -anunció triunfalmente Stevens-. No es la aeronave quien se aleja... ¡Somos nosotros que descendemos!

El suelo tembló perceptiblemente y luego tomó una marcada inclinación que los forzó a agarrarse para no caer. A partir de entonces todos los ojos estuvieron pendientes de la marcación de aquel instrumento que señalaba a la inversa su actual trayectoria. La trepidación fue aumentando, comunicándose a sus cuerpos deshechos por la angustia y las emociones, y todos sintieron que un profundo sopor los iba invadiendo, obligándoles a cerrar los ojos.

-¡Ayúdanos, oh Dios...! -fue la plegaria de Helen Hunter.

EPÍLOGO

La luz del sol, entrando a torrentes por la claraboya, invadía la cabina cuando recobraron el conocimiento. Aturdidos aún, como salidos de un mal sueño, distinguieron allá abajo los conocidos perfiles de un continente saliendo del espejo azulado del mar. Sus voces resonaron alborozadas, y en pocos instantes quedaron relegados al olvido padecimientos y angustias, opresión y temor.

-África -anunció Stevens-. África y el Atlántico. Y a lo que parece, nuestra velocidad de caída no es excesivamente grande, a juzgar por la lentitud con que la tierra aumenta de tamaño.

-Contemplamos de nuevo el sol donde antes sólo habla oscuridad -añadió Brean-. ¿No es magnífico?

-Desde luego que sí -le contestó Hewitt-. Y te diré además otra cosa: somos los primeros navegantes del espacio, como lo prueba precisamente lo que acabas de decir. Había oscuridad en el cielo porque estábamos más allá de la atmósfera de la 'Tierra.

-De Bomosen, querrás decir -se burló Brean.

-Jamás me pareció tan hermoso nuestro mundo -estaba diciendo Helen-. Hubiese deseado que papá estuviera aquí para contemplarlo con nosotros.

-Tenga por seguro que así es, Helen -aseguró Miller gravemente-. Luchó por volver, y aunque se quedó atrás va con nosotros por lo menos su pensamiento y su ansia de triunfar.

-No sé lo que me ocurrió al verle al verlo desaparecer. Sentí como si dentro de mí renaciese algo oculto... algo que no sé describir, aunque imagino que yo debía ser algo desagradable antes de que ocurriera.

-No le oculto que estuvo usted, ¡hum! bastante enferma -repuso Miller sin saber qué decir-. ¿Y qué hará usted ahora, Helen?

-¡Eh, teniente! -llamó Hewitt-. ¿Encuentra alguna explicación al hecho de que todavía no nos hayamos estrellado?

-Posiblemente, muchacho -contestó Bruce-. Llegué a pensarlo un instante, pero preferí contemplar de nuevo a la Tierra. A lo que deduzco, la descompresión de los motores del cilindro se efectúa de una manera muy lenta y su fuerza de reacción, aunque muy aminorada, nos sostiene en el aire con la suficiente potencia para impedir el desplome. ¿Qué marca el «termómetro»? -añadió.

-Cero, teniente -repuso Brean-. Hace rato que llegó a esa posición, pero no está graduado para medidas inferiores a las de la atmósfera terrestre.

-¿Imagina la que vamos a organizar cuando volvamos a casa, teniente? -rezongó Hewitt.

-Resulta un poco difícil, Hewitt. Más bien estoy temiendo que nadie crea lo que vamos a contarles.

En las horas siguientes el descenso tomó una dirección definida. El cilindro se adentraba sobre el Atlántico. La altitud había disminuido notablemente y Miller se preocupó de hacer buscar todo material que fuese susceptible de flotar. Stevens afirmó que las manchas oscuras que había en el horizonte eran las islas Azores, y nadie se atrevió a contradecirle por carecer de base para discutir.

-Si tal cosa es cierta, caeremos en una zona muy frecuentada por los buques -fue el comentario de Miller.

Anochecía. Los fugitivos habían completado sus preparativos de salvamento y abandonaron la cabina para reunirse en la plataforma inferior. Las cuatro aberturas de carga estaban ahora abiertas, y cada uno de ellos tenía al alcance de su mano unos dispositivos metálicos que Brean desmontó de la sala de máquinas y que, después de sellados en vacío, podían hacer el papel de salvavidas.

-Antes le pregunté qué iba a hacer, Helen -murmuró Miller sentado junto a la muchacha-. Ahora... ahora me encuentro en disposición de velar por usted y de compartir su futuro... siempre y cuando usted no se oponga, claro está -terminó confuso.

* * *

Al amanecer del día siguiente el petrolero «Danebrog», con matrícula de Gotemburgo, lanzaba al éter un mensaje dando cuenta de haber recogido a cuatro hombres y una mujer a 112 millas al oeste de las Azores. Pedía datos a las comandancias aéreas del África Occidental acerca de la posible desaparición de algún avión... y solicitaba ayuda médica con urgencia, especificando la preferencia por un psicoanalista o un psiquiatra.

El misterio de la Antártida había quedado resuelto, pero posiblemente nadie en la Tierra llegaría a creer la historia de aquellos cuatro hombres que estuvieron 38 días en un lugar llamado Korba, habitado por unos hombres de otro mundo que llamaban Bomosen al planeta Tierra. Lo único cierto fue que algunos meses más tarde Helen Hunter daba una respuesta concreta a Bruce Miller.

FIN

¿Qué causa motivaba la pérdida de memoria? ¿Cómo atajar la trágica amenaza suspendida sobre ocho millones de personas? ¿Cuánto tiempo duraría la horrible pesadilla del indescifrable misterio?

COSMOVILLE

Una enorme ciudad flotante en el Universo, la mayor plataforma «habitada» del Espacio Exterior, un nuevo mundo sintético poblado por millones de terrestres estremecidos ante inexplicables y misteriosos sucesos.

JOE BENNETT

vuelve a deleitarnos con una maravillosa novela de ciencia-ficción que estampará huella indeleble en su mente. ¡Agudeza científica y perforante interés! Una historia que causó asombro en la Tierra y representó algo catastrófico para la ciudad espacial conocida por

COSMOVILLE

¡Reserve su ejemplar! ¡No permita que nadie le cuente el desenlace! Es un aviso sincero. Todos los números se agotan, porque llevan el sello de selección propio de colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* **6** *pesetas.*

Notas

[←1]

En noruego: «¡Ballena!... ¡Ballena!...»



El extraño lenguaje empleado obedece a la clave establecida con el fin de que sus competidores no puedan encontrar los parajes de pesca descubiertos por cada ballenero.